García

ENRIQUE G.ª ÁLVAREZ
ANTONIO CASERO

LAS CACATÚAS

SAINETE EN DOS ACTOS
Y EN PROSA, ORIGINAL



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12
1913

LAS CACATÚAS

LAS CACATÚAS

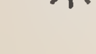
SAINETE

en dos actos y en prosa

ORIGINAL DE

ENRIQUE GARCÍA ÁLVAREZ y ANTONIO CASERO

Estrenado en el TEATRO LARA el día 24 de Diciembre de 1912



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1913

A D. Cándido Lara

y D. Eduardo Yáñez

Enrique y Antonio.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
MARÍA LA TRUENO	Srta.	Pino.
CLARITA		Alba.
PILITA	Sra.	Alverá.
LOLA CAYETANA	Srta.	Pardo.
ENCARNA		Seco.
MAXIMINA ROBUSTIANA		Moneró.
BENITA CÁNDIDA		Escudero.
PURITA		Garcés.
LUISITA		La Torre.
RODOLFO	Sr.	Barraycoa.
SEÑOR CIPRIANO		Mora (S.)
LÓRIGA		Arcos.
DON PRUDENCIO		Pérez Indarte.
BENITO		Isbert.
MATÍAS		Vargas.
DON INOCENTE		Mora (J.)
CANTALEJO		De Diego.
BARINAGA		Collado.
EL FEO DEL OLE		Tordesillas.
UN CHICO SOPITAS		Carrere.
UN CAMARERO UN MOZO DE CUERDA		Zaragozano.

Invitadas é invitados



ACTO PRIMERO

La escena representa un despacho de la Vicaría, con puerta en primer término derecha. Ventana al foro izquierda. Mesa grande á la izquierda y sillas alrededor de ella. Bancos largos tapizados de gutapercha á los foros. Al foro derecha estantería, cuadros religiosos, libros, tinteros, carpetas, etc. Al levantarse el telón, aparecen Lóriga, Cantalejo y don Prudencio sentados alrededor de la mesa, escribiendo. Don Inocente, de pie, al lado de Lóriga, y Maximina y Benito sentados en un banco. Benito duerme.

ESCENA PRIMERA

LÓRIGA, CANTALEJO, DON INOCENTE, DON PRUDENCIO, MAXIMINA y BENITO

Lór. ¿Está todo, verdad?

Inoc. Sí, señor; partidas de bautismo, cédulas, consentimiento de la madre, el padre se oponía tenazmente; pero, en fin, consentimiento del padre. (Limpiándose el sudor.) Oh, con nada pagaría esta pobre gente los sinsabores y ajetreos á que da lugar el conducirlos piadosamente al tálamo nupcial.

Prud. Bueno, catorce pesetas.

Inoc. Muy bien; luego abonaré ésta y la que tenemos de la calle del Grafal. La del Grafal ha sido un éxito; se luchaba con un ácrata. Voy al despacho del señor Peláez. (Vase.) Hasta ahora.

Lór. (Llamando.) ¡Benito Estirado!

Max. (A Benito que duerme profundamente.) ¡Benito, despierta!

Ben. (Adormilado.) ¡Voy!

Max. (Zarandeándole.) ¡Despierta, hombre! (Benito despierta por fin y se levanta desperezándose.)

Lór. ¡Estirado!

Ben. (Que es un tipo de carrero, con boina, bufanda, blusa, pantalones de pana y faja.) ¡Que va, hombre, que va! (A Maximina.) ¿Dónde estamos?

Max. ¿Pero, hombre, no te has enterao que estás en la Vicaría?

Ben. ¡Ah, sí! (Abriéndosele la boca.) Ah... Ah... Ah...

Lór. Vamos, aproxímese. (Don Prudencio, Lóriga y Cantalejo bostezan al ver bostezar á Benito.

Ben. Servior. (Aproximándose á la mesa.)

Lór. ¿Es usted Benito Estirado?

Ben. Pa servir á Dios y á usté.

Lór. ¿Natural de dónde?

Ben. (Con extrañeza.) ¿Cómo natural de dónde?

Lór. Que dónde á nacido usted.

Ben. En un carro.

Lór. ¿Pero qué es eso de un carro?

Prud. Le advierto á usted que esto es un acto muy serio.

Ben. Sí, que lo del carro fué chufla; pos ná, que iban mi madre y mi padre, que era ordinario de Cogolludo, en un carro de Fuente la Higuera á Humanes, y á la que saltó el carro en un bache, nací yo: pero ponga usted Jadraque, que fué donde me bautizaron.

Lór. ¿Soltero ó viudo?

Ben. Completamente soltero.

Lór. ¿Su padre vive?

Ben. Sí, señor; pero mu malamente; se empeñó en casarse en segundas con una que la llamaban la Pedrisco, y no gana pa tafetán ni sublimao; y de resultas de esto, toos los años un crío. El mes pasao tuvieron uno...

Lór. (Que sigue escribiendo sin hacer caso de lo que dice Benito.) Natural.

Ben. Legítimo.

Lór. Natural, su padre.

Ben. Natural, mi padre.

Max. Que de dónde es tu padre.

Ben. Ah, ¿mi padre?

Max. Sí, hombre.

Ben. Pos de ahí, de... la de eso... de... ¿cómo se llama?... Sí, hombre, de la... según se va hacia la esa... junto á eso de ahí... si el río va por medio.

Lór. (Con sorna.) ¿Londres?

Ben. Camuñas de la Vega.

Lór. Bueno, hombre, bueno; ¿tiene usted cédula?

Ben. Sí, señor.

Lór. Venga. (Benito se registra en todos los bolsillos y va sacando cosas y poniéndolas encima de la mesa; por último, saca el pañuelo de hierbas y caen al suelo nueces y avellanas que todos recogen y la cédula sin parecer.)

Ben. ¡Maximina! ¿no te dí yo la cédula pa el contrato del cuarto?

Max. Si te la devolví, cristiano.

Ben. ¿Que me has devuelto tú la cédula?

Max. Ayer, hombre, ayer.

Ben. Ah, sí. (Saca una cartera de la faja, atada con siete metros próximamente de cordel y comienza á desliarla dando muchas vueltas.)

Lór. Pero oiga usted, amigo, ¿es que va usted á echar una cometa?

Ben. (Que sigue desliando.) Tó llega: tengo una cabeza que no hay que darle vueltas. (Sigue desliando, termina y busca en la cartera y saca por fin la cédula, muy sucia y muy rota.) Ahí va la cédula.

Lór. (Cogiéndola de un extremo.) La podía usted haber llevado al tinte; además, esta cédula es de hace cuatro años, amigo.

Ben. Cuando la saqué.

Lór. Es que hay que sacarla este año.

Ben. Se sacará.

Lór. Firme aquí; nombre y dos apellidos. (Benito coge la pluma, moja en el tintero y sacude la tinta sin darse cuenta al cura.)

Prud. ¡Eh, amigo; que me está usted emborronando!

Ben. Desimule. (Se incorpora mucho para firmar y mueve el brazo derecho como si nadara.)

Lór. ¿Pero es que está usted nadando?

Ben. Ya está.

Lór. Don Prudencio, ¿están ahí los polvos?

Ben. No se moleste. (Sacude la boina sobre el papel, armando una polvareda terrible.)

Lór. ¡Basta, hombre!
Prud. ¡Quieto, por Dios!
Lór. (Llamando.) ¡Maximina Barrilavo!
Max. (Tipo de criada de servir.) Serviora.
Lór. Usted es la futura de aquí del amigo de la cartera.
Max. No me hable usted de este hombre; ¡ay, calle usté por Dios; me tié frita! no es pa mi genio, pero fué el primer hombre decidío que me dijo: «Te quiero porque te quiero» y yo le repuse: «Te correspondo porque te correspondo.»
Lór. Muy bien. ¿Su padre vive?
Max. Ojalá me viviera, ¡pobrecillo! Era tan aficionao al ya me entiende usted, (Acción de beber) que agarró una de esas de no sé si me explico, (Acción de tambalearse.) y falleció abrazao á un guardia.
Prud. ¡Dios le haya perdonao!
Lór. ¿Y su madre?
Max. ¡No me hable usté de mi madre, porque cá vez que me acuerdo que me dejó abandoná por irse con un farolero!...
Lór. ¿Tiene usted la cédula?
Max. (Cambiando de tono.) A mí no me hable usté de la cédula, porque es perder el tiempo.
Lór. Pues le hace falta.
Max. Vamos, hombre, sacar yo la cédula, ¡y con recargo que quería el tío! ¡Ja! ¡jay! Mire usté, cinco y cinco diez y el Zar en Persia.
Lór. Entonces no la podemos á usté casar.
Max. (Con guasa.)¿Lo dice usté pa que me acongoje?
Lór. Lo digo porque no se puede usted casar por la vía legal.
Max. Pos me casaré por la vía férrea... ¡nos ha merengao el tío! (Llamando á Benito que duerme profundamente.) ¡Benito! ¡Benito! ¡Oye!...
Ben. (Adormilado.) ¡Qué!
Max. Levanta, galán, que no hay himeneo.
Ben. ¿Qué pasa?
Max. Que dice aquí que no nos podemos casar.
Ben. Me alegro, porque me daba pereza.
Max. Luego dicen que una... ¿Entonces pa qué nos trae aquí ese tío disecao y nos dice que está tó listo?
Ben. ¡Calla, mujer, que tú no estás ahora pa des-

gustos! ¿No tenemos la casa puesta?... Pos vamos á lo cevil ó á un común acuerdo.

Prud. Bueno; eso lo resuelven ustedes *ipso facto.*

Max. Sí, señor, que lo resolveremos *iso flato;* no faltaba mas: tira p'alante tú.

Ben. Alíviensen ustés.

Max. ¡Mía tú á nosotros con *isos flatos!* (Mutis.)

ESCENA II

DICHOS. LÓRIGA, DON PRUDENCIO; á poco MATÍAS, LOLA y BENITA

Lór. Pero qué idea tendrá esta gente del matrimonio.

Prud. Así está todo, amigo Lóriga; no puedo, no puedo con esta gente: ni tienen idea de la moral, ni del buen orden de la vida, ni de nada: claro que hay excepciones dentro de esta gente inculta; pero, vamos...

Lór. Sí, hay excepciones.

(Entran Matías, tipo de la clase baja madrileña. Lola, su mujer, con pañuelo de crespón y vestida humildemente. Benita, madre de ésta, también con mantón. En sus caras se adivina que han tenido una bronca colosal.)

Matías Chist, callarse, que tó se arreglará, y poquitas voces, que no estamos en el corredor del cinco de la calle de la Encomienda.

Lola Mala vergüenza debía darte que á los pocos meses de casaos, tengamos que volver á esta misma casa á pedir el divorcio.

Ben. (Muy afónica que casi se la entiende.) Déjalo, hija, déjalo, que ya le darán pa que se rasque.

Lola No se esfuerce usté, madre, que se empeora, y no se merece este ladronazo que... ¿Ves, so ladrón, cómo la has puesto?

Matías Que me hubiera hablao en mímica.

Ben. ¡Canalla, miserable... cuadrillero!... Dame una pastilla, hija.

Lola Voy, madre. (Saca una pastilla de una caja.) Ya estarás contento, yo golpeá, mi madre afónica y mi padre y mi hermano en la Comisaría.

Matías — Y á mi que me ha puesto tu hermano un ojo que paece que llevo un monóculo ahumao...

Ben. — ¡Inquisidor!

Prud. — (Imponiendo silencio.) ¡Chist!

Matías — (Amenazándola.) Que nos mandan callar.

Lola — No toques á mi madre, oye.

Prud. — Señores, orden y compostura. Un poquito de compostura. (Levantándose y dirigiéndose al grupo.

Matías — Felices. Buenos días.

Lola — Serviora de usté.

Matías — Aquí, el señor, nos puede orientar en nuestro asunto.

Prud. — Ustedes dirán.

Ben. — Pos esta pobre hija, que es una desgraciá, que ciega por un cariño, que maldita siá la hora que lo tuvo, se casó con ese sinvergüenza...

Prud. — ¿Qué dice esta señora?

Matías — Que tié monomanía de persecución. Que está birluqui.

Ben. — ¡Granuja!

Prud. — ¡Silencio!

Lola — Miste, señor Cura: esta es una película cinematográfica, que la va usté á ver gratis et amore. Hace unos meses que me casé con aquí y nos fuímos á la Prosperidá a poner nuestro nido amoroso. El primer mes, aquí (Por Matías.) arrope manchego: mi nena, mi chata, mi cielo, mi edén, que caramelitos hoy, que merenguitos mañana y que pitisús al otro. Aquello era una confitería.

Prud. — Muy bien, joven; compañera te doy y no sierva.

Matías — Que uno distingue.

Lola — Pero, á los dos meses, el infrasquito se nos presenta una noche en casa á las cuatro de la madrugá empeñao en llevarme al *Ideal Ron* á comer cocido.

Prud. — ¡El Dulce Nombre de Jesús!

Lola — ¡Ave María! dije yo.

Prud. — Es lo mismo.

Ben. — Y el socio se traía una papalina babilónica.

Prud. — Señora, no se esfuerce usted, que no la entiendo.

Lola — Madre, tenga usted la bondad: ¿y eso está bien, señor cura?

Prud. — Ni bien, ni medio bien.

Lola — Eso mismo pensé yo: y ante tamaño absurdo, y fijándose en que se bamboleaba, fué mi madre y poniéndole á la puerta de la escalera le dijo: «¡Vaya usté á dormir al sereno!»

Matías — ¡Mire usté que decirme que me fuera á dormir al sereno, sabiendo que el hombre tié que velar!... ¡también aquí la sinfónica se trae unas cosas!...

Ben. — Por usté, so curdela, ¡curdela! ¡curdela! (Tratando de pegarle.)

Prud. — ¡Señora!

Lola — ¡Madre!...

Ben. — Es que usted no le conoce; es un vampiro; ¡vampiro! ¡vampiro! (Manoteando al Cura.)

Prud. — Señora, vaya usted á que la pulvericen.

Ben. — (Exaltada.) Nadie le ha faltao á usté.

Prud. — (Asombrado.) ¿Cómo?

Matías — Tenga usté cuidao que está hidrófoba.

Ben. — (A Matías y pegándole.) ¡Granuja!

Prud. — ¡Señora!... (Todos tratan de sujetarla y ella cada vez más deseperada.)

Lor. — (Que se ha levantado de la mesa donde escribe.) Pero ¿qué escándalo es este?

Ben. — ¡Canalla!

Lola — ¡Madre!

Ben. — (Llevándosela hacia la puerta con gran esfuerzo Lóriga y don Prudencio.) ¡Zulú!

(Hacen mutis Benita, Lóriga y don Prudencio, quedándose solos en escena Lola y Matías.)

Lola — (Desesperada al ver la actitud de su madre.) ¿Pero tú te has propuesto acabar con toos nosotros, desalmao?

Matías — ¡Chist! cállate que to se arreglará.

Lola — Cuando mi madre se quede muda y yo repudría, ¡miserable! (Dándole un pellizco en un brazo.)

Matías — (Dando un grito formidable.) ¡Ay!...

Prud. — (Que entra al mismo tiempo.) ¿Qué es eso? ¿Qué ocurre?

Lola — Nada; que me preguntaba mi esposo que qué hay.

Prud. — Pues parecía una queja. Bueno; ¿y ustedes quieren hacer el obsequio de decirme qué es lo que desean?

Lola — El divorcio.

Matías — Que nos digan los trámites para el divorcio porque, yo, al lao de esta gentuza no estoy aunque me regalen el Hispano Americano.

Lola — ¿Gentuza? ¿Y tú, qué has sido tú? Si cuando te dimos en mi casa la primer taza de caldo, te dió un síncope de desmayao que estabas.

Matías — Sí, sí. Uy, caldo, mía tu caldo, y era el agua caliente que tenía tu padre pa afeitarse.

Lola — (Pegándole.) ¡Gorila!

Prud. — (Sujetándola.) ¡Joven!

Lola — (Desenfrenada.) Perro, ladrón, miserable, canalla...

Prud. — (No sin grande trabajo logra sacarla de escena.) ¡Modérese!

Lola — (Haciendo mutis y desesperada.) Te tengo que pintar un triángulo en la cara. (Vanse don Prudencio, Lóriga, Cantalejo y Lola, gritando.)

Matías — (Paseándose nerviosamente.) ¡Maldita sea!... Enamórese usté, haga usté el burro por las esquinas, luego pase usté mes y medio junto á la camilla leyendo folletines al padre, que es sordo, y á la madre, que ronca, y asi una noche ¡y otra, y to esto pa conseguir un par de miradas furtivas de ella y regalitos van y regalitos vienen... (Pegándose desesperado.) ¡Idiota! ¡primo! ¡panoli!

Prud. — (Que entra con Lóriga y Cantalejo y corre á auxiliar á Matías, que sigue dándose puñetazos.) ¡Joven!... ¡Chits!... ¡Joven! (Le cogen.)

Matías — ¡Idiota!... ¡Salvaje!... ¡Bruto!... ¡Bestia!

Prud. — (Que le va llevando á la puerta ayudado por Lóriga y Cantalejo,) ¡Esto es una locura!

Matías — Ahora me voy á la calle, y al primero que venga á casarse lo asesino. (Se llevan á Matías en volandas.)

ESCENA III

DON PRUDENCIO, LÓRIGA y despnés CANTALEJO

Prud. — Pero, es lo que yo digo: ¿y esta gente, para qué se casará?

Lór. — Cada vivienda es un baile de máscaras, don Prudencio; esto ocurre desde el más suntuo-

so palacio á la más humilde guardilla. A mí me sucede lo propio: el día primero de mes llego á mi casa con las diez y ocho circunferencias acuñadas, y todo es júbilo en la Imperial Toledo: pero, del quince para abajo, la batalla del Salado resulta sosa para lo que ocurre en aquella casa.

Cant. (Que es un sordo rematado, entra en escena después de haber ayudado á echar á los del escándalo.) Pues no me ha costado trabajo que digamos convencer á ese mozo; y la madre y la hija le están esperando ahí á la vuelta. ¡Señores, qué iracundo!

Prud. (A Cantalejo que no oye nada.) ¿Se han ido?

Cant. ¿Tengo algún arañazo en la cara?

Prud. No, señor.

Cant. Pues, la madre, sacudía lo suyo.

Prud. ¿Pero, se han ido?

Cant. Y el mozo llevaba las del *veri;* ¡cómo gesticulaba! Yo no le oía, porque hoy da la casualidad que estoy del oído que explotan un barreno á mi lado y no me entero.

Lór. ¿Pero se han ido?

Cant. Voy á hacer el expediente de esa boda de la calle del Humilladero.

Lór. Es inútil.

Prud. La verdad es que para oir ciertas cosas más vale ser un bloque. (Se sientan todos á trabajar.)

ESCENA IV

DICHOS y RODOLFO

Rod. (Entrando y al ver que no ha llegado todavía la comitiva.) Creo que me he anticipado á la comitiva; ese maldito Redondo me ha tenido toda la mañana convenciéndole que no se presentara hoy á cobrar, que es prematuro. Bueno; el día que me case, mi domicilio va á parecer el *Hayde park de Londres* en día de fiesta.

Lór. (Reparando en Rodolfo.) Calla... ¡Rodolfo! ¡Rodolfete!... ¡Chico, qué casualidad! (Se levanta y le abraza mientras Rodolfo sigue sin conocerle.) Pero, Rodolfo, no te acuerdas...

Rod. (Haciendo memoria.) Demonio, Fresneda.

Lór. ¿Cómo Fresneda? ¡Pero, Rodolfo; tan desfigurado me encuentras!

Rod. Hombre, es que estoy así un poco... Perdona, Ballenilla.

Lór. ¿Pero qué Ballenilla...?

Rod. (Mirando á Lóriga con extrañeza.) Pues como no sea usted Pérez Loigorriz, no caigo.

Lór. Lóriga; ¿no te acuerdas de Lóriga?

Rod. Tú Lóriga; ¿pero no te fuiste al Camagüey?

Lór. Al Camagüey, Rodolfo, al Camagüey; ¡qué epopeya!

Rod. ¿Te fué mal?

Lór. ¡Qué cinco años! ¡Allí me casé! ¡Qué cinco años!... ¿Y tú te casaste?

Rod. Yo, no.

Lór. No te cases, Rodolfo, no te cases... (Mira á todos lados.) no te cases.

Rod. ¿Y qué haces tú por aquí?

Lór. Arreglando bodas.

Rod. ¡¡Recuerno!!

Lór. ¿De qué sirve que tengas un coche salón, si no tienes una locomotora que lo arrastre? Y la locomotora necesita carbón y el carbón vale dinero y éste está por las nubes y como no te hagas amigo de Vedrines, no lo ves ni con telescopio. ¿Y tú, pillastre, qué es de tu vida? ¿Acabaste la carrera de leyes?

Rod. La acabé, claro, que la acabé.

Lór. ¡Hombre, te felicito!

Rod. El tercer año tuve unas palabras con el catedrático, le tiré el Derecho canónico á la cabeza, salí corriendo, y aquel día acabé la carrera, la acabé agitadísimo, pero la acabé: se enteró mi padre, me puso una carta que la he puesto marco, me retiró las cien pesetas que me giraba mensualmente, y me hice gorrón definitivo. Volví al café de Varsovia á aquel rinconcito de alegres añoranzas, y hoy un café que te paga Rodríguez, y mañana un entrecot, que te abona Peláez, y pasao unos riñones que dejas á deber, fuí tirando un horror, hasta que ¡pásmate! ¿Tú te acuerdas de aquellas dos hermanas folletinescas que iban al café á las ocho de la noche y el camarero las tenía que echar á la una á las dos?

Lór. Sí, hombre; las Cacatúas.

Rod. Bueno: pues hoy vengo á tomarme los dichos con la mayor.

Lór. (Admirado.) ¿Con la mayor?

Rod. Con la mayor desfachatez.

Lór. ¡Rediez! ¿pero te vas á casar con aquel tomo del diccionario enciclopédico?

Rod. Me caso.

Lór. Tú, acérrimo enemigo del matrimonio...

Rod. Me caso; ese es mi porvenir, porque mira, chico, tengo dos lunares, ser ambicioso y ser vago...

Lór. ¿Que es para crearte una posición?

Rod. Pues siendo vago y siendo ambicioso no tienes en la vida más que cuatro caminos: ó que te caiga el gordo, ó que heredes., ó que te cases con una dama rica, ó que tengas un comercio y te dediques á las ventas; pues yo me caso con una señora que tiene pasta y he resuelto el dánosle hoy, y agradecidísimo.

Lór. ¿Pero aquellas Cacatúas tienen...?

Rod. La mar de plumas; pues ese es el busilis, amigo Lóriga; porque á ti te lo puedo decir en confianza. Oye: (Le coge y le dice con mucho misterio.)

—Todo el que es un sinvergüenza,
aunque sea muy astuto,
vive con dos mil doscientas
pulsaciones por minuto.

Que es lo que me está ocurriendo á mí seis años ha; y, chico, tener el corazón lo mismo que un 40 H. P., es ir á un colapso; y por esa razón me vinculo con la susodicha Cacatúa y me quito de encima un parque zoológico, que son cuarenta tigres y treinta panteras que no me dejan tomar el oxígeno á gusto.

Lór. Bueno; yo estaba enterao que tú eras una cámara frigorífica... pero ¡rediós! estoy viendo que eres la congelación de los mares.

Rod. Sí, Lóriga, sí; un témpano; pero hoy sale para mí el Sol espléndido de la regeneración. Falta que haya cometido la subsana-

ré, pagaré que me presenten, pagaré; todo se pagará: bueno; mientras viene la comitiva te invito á tomar un vermout.

Lór. Soy contigo en seguida: ahí en la taberna de Roque los dan riquísimos.

Rod. No, ahí, no: que hace dos años debo sesenta y cinco pesetas.

Lór. Entonces vamos al café de la esquina.

Rod. Oye, ¿sigue allí de camarero un tal Folgueira?

Lór. Sí, hombre; es un mozo muy bueno.

Rod. Sí, muy bueno; pero en cuanto me vea no queda un sifón en el café.

Lór. Tú dirás dónde vamos.

Rod. A ese café que han abierto ahí al lado, que hay mozos nuevos.

Lór. (A don Prudencio que sigue escribiendo.) Bueno; con permiso de usted voy con este amigo ahí á una diligencia.

Rod. (A don Prudencio y á Cantalejo.) Señores, ¿quieren ustedes venir á tomar un vermout? Se les invita.

Prud. Gracias, joven, se agradece.

Rod. A ese señor que no levanta la cabeza.

Prud. Señor Cantalejo. (Dándole en el hombro.)

Cant. ¿Qué pasa? (Haciéndole don Prudencio señas de que Rodolfo invita á beber.) Bueno; que me traigan un bistek.

Rod. ¿Y usted, señor Cura?

Prud. Ya que es usted tan amable, una copita de Jerez y unas rodajitas de salchichón.

Rod. Ahora avisaremos.

Prud. Un millón de gracias.

Lór. (Que estuvo guardando papeles en su mesa y después de coger el sombrero. A Rodolfo.) Cuando quieras, tú. (Vanse Rodolfo y Lóriga.)

ESCENA V

DICHOS, DON PRUDENCIO y CANTALEJO. A poco MARÍA LA TRUENO y la ENCARNA

Cant. (A don Prudencio que está leyendo.) ¿Ha sido ese joven el que nos ha convidado?

Prud. Sí, señor. (Sigue su lectura.)

Cant. Parece muy simpático. (Don Prudencio asiente con la cabeza.) Van quedando pocos de estos que invitan. (Don Prudencio asiente.) A mí el otro día un sujeto, después de marearme dos horas para buscar un expediente, al despedirse de mí me dijo: «Tome usted para un café», y me dió dos terrones de azúcar. (Don Prudencio ríe la ocurrencia y trata de ocultar la risa con el periódico.)

ESCENA VI

DICHOS y MARÍA LA TRUENO, tipo de fiadora bien alhajada y con mantón alfombrado y ENCARNA, el mismo tipo que María, más joven. Al final, CAMARERO

María Buenos días... ¿Don Prudencio Mayorga?

Prud. Servidor de ustedes.

María Esta tarjeta que me ha dao pa usté el párroco de Santa Feliciana.

Prud. (Leyendo la tarjeta.) Muy bien; ustedes dirán.

María Pus me han asegurao, sin que me quepa en la cabeza, que hoy viene á tomarse aquí los dichos, un mantecao de vainilla y doña Juana la loca rematá.

Prud. A mí, hábleme usted con nombres propios, porque, vamos, desconozco los remoquetes.

María Usted desconocerá los remoquetes, pero ya se enterará de los moquetes, porque conmigo no se juega al tute sin que pinten bastos, y la cosa es mucho más sencilla que ser guardia. Hace seis años, y perdone usted que me remonte, al subir con mi hermana á la plataforma del tranvía de Chamberí por Hortaleza, un mondadientes con chaqué le dijo al conductor: «Conductor, eche usted el completo, que hemos cargao», lo cual que, como me pudo dar por achagarle el borsalino, me dió por pagarle el tranvía. Un rasgo.

Enc. De los muchos que tiés.

María Total: que á las ocho de la noche estábamos vis á vis tomándonos dos changüises en el «Colonial».

Enc. Mientras yo fuí á decirle á Rudismundo:

«Oye; no esperes á esa, que se ha ido á vender un Kimono á la bella Tití».

María Y tan simpática me fué aquella lagartija, que á los cuatro días me extendió el padrón y le empecé á zurcir la ropa, que tenía más agujeros que una mecedora de regilla. Y á darle pa tabaco, á darle pa la barba y á darle pa el pelo; y yo, tan y mientras, hecha una azacana, vendiendo alhajas, perfumería y pingos; y cobrando lo poco que vendo y lo poco que una presta y hoy suba usté aquí y los señores en Getafe, y mañana suba usted allá y tilín, tilín.... «¿Quién?—Servidora. ¿Está el señor?—El señor está con un catarro.—¿Se pué ver á la señora?—La señora está con otro.» Vamos, créame usted á mí. La vida es un titirimundi.

Enc. Pa ti, que eres un cohete volador.

María Bueno; pues después de esta faena, de hacerme regañar con Rudismundo, que era un pensador, y después de tenerme dos años aperreá pa tenerle con más fantesía que Aladino ó la lámpara maravillosa, se me sale ahora por marianas y me soplan á la oreja que se va á unir en santo lazo á una señora que creo que la han sacao de unas escavaciones hechas en las ruinas de Itálica; vamos, con una de esas dos hermanas que las llaman las «Cacatúas».

Enc. Y tú, tocando el acordeón por cifra.

Prud. Yo no las conozco.

María Y entavía el jocoso, va antiyer y me manda un sobre lacrao y dentro esta postalita con la siguiente chará: (Saca un papel y lee.)

«Te conocí por tercera,
por segunda me dí tono,
viví muy bien por dos tercia
y por prima te abandono.»

Prud. Sí, que parece una bromita.

María Ahora, que á ese pollo le va usté á ver en el escaparate de la Mallorquina un día de estos.

Prud. Bueno; yo le agradecería que me dijese en qué puedo servirla.

María — Pues eso: que tenga usted la bondad de decirme si es cierto que vienen hoy aquí á tomarse los dichos, don Rodolfo Vicuña y Pulido con doña no sé cuantos de no sé qué, gorda ella y con lentes...

Prud. — Con su permiso. (Se dirige á la mesa y repasa papeles.)

María — Mira: como sea verdá... la degollación de los Inocentes fué una pantomima.

Enc. — Si ya te lo decía yo, María; menos cariño, que este títere va á lo suyo y á ti te abandona el día que encuentre otra con más pasta.

María — Bueno, Encarna, no me atormentes.

Prud. — (Leyendo.) Rodolfo Vicuña y Pulido con doña Clara Montero de Lanzagorta. Sí, es para hoy.

María — Muchas gracias, señor Cura. Muchas gracias; es lo único que yo deseaba saber á ciencia cierta. Lo demás es pa un folletín. Oye, Encarna; ahora mismo te vas á buscar al chico de la Rosa, que ya le tengo yo aleccionao.

Enc. — Oye; y de paso avisaré al Feo del Ole.

María — Claro, ya sabes mis instrucciones. Señor Cura; en la cuesta de Javalquinto, dieciséis, tercero, Corredor letra C, María la Trueno, comisiones, ventas, dinero á réditos y una copita pa los amigos, me tiene á sus órdenes.

Enc. — Encarnación la Pelitos, en nombre de mi hermana, ídem, ídem.

Prud. — Gracias; y me alegraré que arreglen ustedes eso.

María — De modo que pa hoy y que arreglemos eso.. Repito, señor Cura. Encarnación, que es tarde... (Mutis)

Prud. — Vayan ustedes con Dios. ¡Cossi va el mondo!

Cant. — ¿Qué querían esas prójimas?

Prud. — Escriba, escriba... ¿Qué le importarán á este las trapisondas de la humanidad? (Aquí entra el camarero con el servicio.)

Cam. — ¿Dónde dejo el servicio? (Lo deja sobre la mesa.)

Prud. — Aquí. (Vase el camarero.)

ESCENA VII

DICHOS, CLARITA, PILITA, tipos de señoras muy cursis y exageradamente redichas que representan cuarenta y tantos años; van muy retocadas y visten con una relativa elegancia ridícula. Clarita usa lentes y Pilita impertinente, SEÑOR CIPRIANO y BARINAGA, que entran riéndose de Barinaga, que llevándose la mano á la parte posterior de su persona se queja cómicamente. Después, CHICO

Clar. Felices.

Todos ¡Ja, ja, ja, ja!

Bar. Señores, que la cosa no es para tanta chirigota... creo yo. (Con ironía.)

Clar. Este Barinaga hace reir á un panteón de familia.

Pil. Verdaderamente es chusco.

Cip. Es usté más salao que el Mediterráneo. Bueno, pero ¿qué le ha pasado á usté, que no me he enterado?

Bar. Nada, hombre, nada; que al pasar por delante del ciego ese que estaba en la esquina me dió lástima al leer un rótulo que llevaba en el Frégoli y que decía: «Soy ciego por la salud de mi madre», y voy y le echo al perro en el platillo una medalla de la Exposición de París que llevaba en el bolsillo; ¡mis bromas! y va el ciego, se fija en la medalla y me achucha al perro. ¡Señores, qué dentadura! ¡Ay! ¿Alguno de ustedes tiene tafetán?

Cip. Pues tiene mucha gracia.

Bar. Sí; tiene mucha gracia; pero duele.

Pil. Este Barinaga siempre está en pleno divertimiento, y eso tiene sus quiebras.

Bar. Bueno, eso no es nada; lo principal es que el perro no esté rabioso, cosa que no será difícil, dada la mala alimentación que le debe dar el mendigo.

Cip. Pues el can se le agarró á usted bien, porque parecía un péndulo.

Todos ¡Ja, ja, ja!

Prud. (Imponiendo silencio.) ¡Chist!...

Pil. Señores, que nos están mandando callar.

Clar. Verdaderamente hemos entrado aquí con

un escándalo de risas, impropio de gente de nuestro ringo rango... Y á todo esto, ¿dónde se habrá metido Rodolfo, que no le he visto en toda la mañana?

Pil. Me extraña muy mucho, porque Rodolfo es el Meridiano para la hora. Dice él, mañana voy á almorzar á la una, y viene á las cero cincuenta y nueve; como si dice que va á cenar á las ocho. Se planta á las siete y media.

Clar. Es cronométrico.

Prud. Señores, ustedes perdonen; ¿vienen ustedes á tomarse los dichos?

Clar. Efectivamente, señor Cura; pero estamos esperando al futuro, que no está presente.

Prud. Pues tengan la bondad de tomar asiento.

Clar. Millón y medio de gracias. (Se sientan las dos hermanas.)

Bar. (Con misterio.) ¿Y usted qué opina de esta boda, señor Cipriano?

Cip. Hombre, tararí, tarará.

Bar. ¿Y eso qué es?

Cip. Pues, vertido al castellano, es chundaratachun.

Bar. Ah, sí; ya le entiendo á usté; que esta boda viene á ser una especie de jámala, jámala.

Cip. A mí me gustaría que fuera para bien, porque uno aprecia á estas dos señoras, y la verdaz, estoy agradecío á ellas; porque doña Pilita está enseñando el francés á mi chica, y como no me lleva nada, uno está obligao... (Con misterio.) pero á mí el señorito Rodolfo... qué se yo... me parece... (Con más misterio.) porque de usté pa mí. Hace cinco meses que ese pollo me pidió cincuenta pesetas y no he tenío contestación.

Bar. Pues de mí pa usté, á mí me pidió una vez dos duros pa ir á un entierro, que por cierto, me enseñó la esquela y decía, el duelo se despide en Pardiñas, y los que se despidieron en Pardiñas fueron los dos duros que deben estar embalsamaos.

Clar. Pilita, por Dios, no seas pesimista que me violentas. ¿Qué hora tiene usted, don Cipriano?

Cip. Las once y veinte.

Pil. Es incomprensible en un día tan solemne, tan épico.

Clar. Eso es que le ha ocurrido algún contratiempo. ¿No les parece á ustedes?

Cip. Creo lo mismo.

Clar. Pues es necesario indagar. Forzosamente á Rodolfo le ha ocurrido alguna avería.

Pil. Clarita, no te alteres que te arrebolas.

Cip. Na, señora, no hay que apurarse; á lo mejor un amigo que saramacatruqui, ó un tranvía que rás con rás, ó la *criá* que no se ha acordao de despertarle... na, chipichusqui; to menos pensar en lo malo, doña Clarita.

Pil. Ahora que verdaderamente este retraso, si no se justifica, no es caballeresco.

Clar. Pilita; de nobles hidalgos es esperar; que la cortesía nació de la cortesanía. El abolengo fué patrimonio de quien cubrió sus delicadas carnes con encajes de Almagro y riquísimas holandas y sobrada razón le cupe aquí á nuestro bondadoso amigo don Cipriano, al pensar en un fortuíto incidente de un amigo que chipirinchusqui ó un tranvía que zaramitrusca.

Bar. Aquí lo que sucede es que hay la impaciencia natural, y que roe ese bichillo que llamamos amor.

Clar. Barinaga... (Con rubor,)

Pil. Este Barinaga me empalaga.

Cip. Lo que ha dicho aquí doña Clarita es lo finiquitolis de la feten: yo lo hubiera dicho á mi mó, porque uno está educao en la escuela de los zambombos, y uno no tié ese tinte de la educación, como tié aquí la señora, que, á veinte pasos se la ve el tinte.

Clar. (¡Qué bruto es este hombre!)

ESCENA VIII

DICHOS y RODOLFO y LÓRIGA, que entran

Rod. Señores...

Clar. (Con pasión.) ¡Ah, él!...

Rod. Perdón á todos por la tardanza. ¿Ves, Lóri-

riga?, lo que te dije, que estarían esperándome.

Pil. (Muy severa.) Pero, Rodolfo...

Clar. (Con mimo.) Rodolfito...

Rod. ¡Clara de mis ojos! Pues ustedes no lo querrán creer; pero llegué aquí media hora antes de la convenida; siempre esclavo de mi puntualidad; pero me encontré á este amigo y fué tan galante que me invitó á tomar un Koktel. (Presentándole.) Lóriga... la señorita Clara Montero de Lanzagorta, mi futura esposa.

Clar. Caballero... (Reverencia.)

Rod. La señorita Pilita ídem, eadem, ídem, mi futura hermana política.

Pil. Señor mío... (Reverencia.)

Rod. Don Cipriano Barrillo, expendedor de carnes.

Cip. Provedor de la casa de fieras, pa servirle. (Haciendo una revereucia ridícula.)

Rod. Camilo Barinaga, director de *La risa del conejo*, semanario festivo.

Bar. De usted afectísimo.

Rod. Señores, mi amigo Paco Lóriga, compañero de penas y fatigas.

Lór. Incondicionalmente; y ya que están ustedes reunidos, cuando ustedes gusten, podemos ir despachando. (Dirigiéndose á la mesa y preparando papeles.)

Clar. (Mimosa.) Rodolfo...

Rod. (Mimoso.) Clarita...

Clar. Pues no estoy nerviosa...

Rod. Claro...

Clar. ¡Ay, Rodolfo! ¿me querrás siempre?

Rod. ¡Clara!

Clar. Tonto, algún día me olvidarás.

Rod. ¡Claro, digo Clara!

Lór. (Llamando.) Señorita Montero...

Clar. Va en seguida... á sus órdenes. (Quedándose junto á la mesa.)

Lór. De modo que Clara Montero de Lanzacorta. (Escribiendo.)

Clar. Gorta con eje.

Lór. Lanzagorta. ¿Soltera?

Clar. Sí, señor, soltera.

Lór. ¿Natural?

Clar. De Carabaña.
Lór. ¿Su padre, vive?
Clar. (Suspiro.) Papá murió el año del dengue.
Lór. ¿Y su mamá?
Clar. ¿La mamá de papá?
Pil. Te preguntan por mamá.
Clar. Ah, sí, sí, verdá; mamá murió antes que papá.
Lór. ¿Qué edad tiene usted?
Clar. Pilita...
Pil. ¿Qué quieres?
Clar. ¿Cuándo vino Amadeo á Madrid?
Prud. Hace cuarenta y tres años.
Clar. No me remonto al de Saboya; me refiero á un primo nuestro que llegó á Madrid el día de mi natalicio.
Pil. Ahí tienes la cédula: mira la edad.
Clar. Ah, sí, es verdad, veinticinco años: aquí dice cuarenta y ocho pero fué un lapsus del guardia que extendió el padrón.
Lór. Está bien; firme usted... el novio...
Clar. ¡Rodolfo!... ¡Rodolfo!... (Rodolfo está con el señor Cipriano y Barinaga, riéndose del percance de éste.)
Rod. Ah... voy, voy... (Aproximándose á la mesa y junto á Lóriga.)
Lór. ¿Cómo se llama tu padre?
Rod. Como yo, y de segundo, Pérez.
Lór. ¿Y tu madre?
Rod. Mi madre...

(Entra un muchacho como de trece años, mal trajeado y lloriqueando se dirige á Rodolfo.)

Chico ¡Padre!... ¡padre mío!.. ¡Padre de mi alma!
Rod. ¡Rechufa! ¿qué dice este chico?
Chico Padre, venga usté conmigo á ver á madre: está triste y llora mucho, aquella guardilla da pena.
Clar. ¿Pero, qué dice este adulto?
Pil. ¡Dios de Israel, qué espanto!
Chico Padre, no nos abandones, que es una tristeza ver llorar á madre llamando á padre y sin venir padre y desolada madre...
Rod. Pero, niño, ¿de qué novela has sacao ese párrafito?
Chico Padre, venga usté á casa conmigo, que allí está ahora madre con dos vecinas sola y abandoná sin pan y sin luz.

Rod. Pero, ¿cómo sin luz á las doce del día?

Clar. Pero, qué es esto, Rodolfo; ¿quién es este zángano?

Chico (A Clara.) Abuela, el señor es mi padre.

Clar. ¡Uy, abuela!

Chico Irá usted, ¿verdad? ¡Ay! ¡qué alegría! ¡voy á decírselo á madre! .. que ya viene padre, me lo ha dicho padre, voy á ver á madre... (Sale corriendo. Todos se quedan asombrados y hay una pausa larga.)

Cip. Nos ha dejao esmerilaos.

Rod Bueno; hagan ustedes el favor de llamar á esa criatura.

Clar. Rodolfo... nadie de su borroso pasado debe avergonzarse: lo hecho es imborrable, no te inculpo Mariposa fuiste que el perfumado jugo de las flores libaste; no te inculpo... allá cuidados... Pero, ocultarme la existencia de un ser, es no ser...

Rod. Es no ser ó ser lo que te dé la gana; porque yo te juro que esto es una felonía que se comete conmigo. Señores, yo no conozco á ese granuja que ha estado aquí llamándome padre.

Bar. También podía ser una broma de mal gusto.

Clar. ¿De mal gusto? De pésimo gusto.

Lór. Claro, hombre; esto es una broma sin importancia.

(Cipriano y Barinaga no le dan importancia.)

Cip. Total: Zaragata en Pinto y toros en Vallecas.

Bar. Apunte usted, señor escribano.

Clar. ¡Qué almas más negras! (Clarita y Pilita vuelven á sentarse.)

Lór. De modo que decías que se llamaba tu madre...

Rod. Mi madre...

(Al mismo tiempo entra Encarna.)

ESCENA IX

DICHOS y ENCARNA, que entra quedándose á un lado de la escena y llamando á Rodolfo

Enc. ¡Chis!... ¡Chis!...

Rod. ¡Mi madre! (Aterrado al ver á Encarnación)

Lór. Sí, hombre, tu madre.

Rod. ¡Encarnación! (Le hace señas Encarnación que salga.)

Lór. (Escribiendo.) ¿Encarnación, qué?...

Rod. ¡La *panocha!*...

Lór. (Escribiendo.) Encarnación la Panocha...

Rod. (A Lóriga.) No, hombre..

Lór. ¿Pues cómo?

Rod. ¡María Santísima!...

Lór. ¿Pero qué dices?

Rod. Señores, con permiso, voy á ver lo que me quiere la chica de mi portera. Me parece que de aquí salgo para una clínica... Hola, Encarnación, ¿y tu hermana? (Muy azorado.)

Enc. (Fingiendo tranquilidad) Oye, ¿pero qué haces aquí en la Vicaría?

Rod. Pues nada, que he venido aquí con ese...

Enc. ¿Con quién?

Rod. Con ese de la ca...

Enc. ¿De qué *cá?*...

Rod. De la calle de la ese... digo, de la esa... Bueno, ¿qué querías?

Enc. Pues na, chico; que como hace mes y medio que no apareces por casa, á pesar de los ocho continentales que te ha mandao mi hermana, pues hoy María me dijo, dice, avíate, que vamos á ver lo que le ocurre á ese chico.

Rod. Pues ya lo ves, no me ocurre nada; pero, en fin, dile á tu hermana que iré á verla y que la tengo que contar una cosa espantosa.

Enc. Te advierto que está ahí á la puerta esperando que salgas: voy á llamarla. (Medio mutis.)

Rod. (Deteniéndola.) No, no; de ninguna manera. Dila que se vaya; que en cuanto yo deje á estos amigos, voy á tu casa: anda, vete con

ella, que no quiero que esté ahí sola en mitad de la calle.

Enc. No, si no está sola; está mi hermano con ella.

Rod. ¿Qué hermano?

Enc. El que estaba en el penal de Ocaña, que ha cumplido diez años.

Rod. ¡Caray, qué joven! pues nunca me habíais hablado de ese hermano.

Enc. Nos daba vergüenza.

Rod. Pues, anda, vete, que en seguida voy. (Llevándola hacia la puerta.)

Enc. Pero, no arrempujes.

Rod Bueno, rica; anda, vete. (Clarita se impacienta.)

Clar. ¡¡Rodolfo!! (Dando un grito estridente.)

Rod. ¡Caray! (Asustado.) Voy, voy... bueno, que voy, ¿eh?... por la salud de mi madre que voy.

Enc. Oye, ¿quién es esa damisela que te ha llamao? (Por Clara.)

Rod. Clara. Es Clara.

Enc. Pues paece Mahou.

Clar. Pero, Rodolfo...

Rod. Bueno; hasta luego. (La lleva del brazo y sale con ella.)

Clar. (A Pilita.) ¿No te hace á ti esto estrambótico?

Pil. ¡Anómalo!

Rod. (Que entra.) (Sudo trementina.) No era nada, absolutamente nada, una tontería; la chica de mi portera que venía á decirme que había estado á verme un señor de Ocaña, digo, de Zaragoza, para hablarme de un asunto de Ocaña, digo de automóviles.

Clar. Estás equívoco.

Rod. Bueno, nada, ¡una tontería! (¡Rediós, pues nunca me habían hablado del hermanito que estaba en Ocaña!)

Clar. Vamos, Rodolfo; á ver si terminas.

Rod. ¡Voy, voy!...

Lór. Bueno; decías, definitivamente, que se llamaba tu madre...

ESCENA ULTIMA

DICHOS, MARIA LA TRUENO, ENCARNA, el FEO DEL OLE, tipo del pueblo bajo de Madrid, mal encarado, y al final CAMARERO

María Pasa, Rudesindo... pasa, chica.

Rod. ¡Me la he buscao!

María ¡Chist... don Rodolfo!

Clar. (Cogiendo á Rodolfo.) Un momento... ¿Qué es esto? ¿Qué chanzoneta es esta? ¿qué resurgir de niños en la indigencia, madres desamparadas, hijas de porteras á dar avisos incongruentes, y grupos intempestivos, llamándote con señas imperativas?

María Despacio. Deténgase la locomotora, que hay desperfectos en la vía.

Clar. Explíqueseme, lo ordeno, lo exijo, explíqueseme.

Feo Que se lo explíquesele.

María Tú, cállate.

Feo Me lacro.

Rod. Ese debe ser el de Ocaña.

María Señores, ustedes desimulen que interrumpa, pero me es forzoso.

Clar. Puede usted hablar.

Rod. Oye, que vayan á avisar á la Cruz Roja.

Cam. (Entró hace un rato y recogió el servicio.) ¿Quién me abona esto?

Todos (Al Camarero, imponiendo silencio.) Chis, chis.

María Pues ná, señores; la cosa es una pregunta que vengo á hacer á ese pollo que se hace el alienao, á la cuya me tiene que contestar, ó de lo contrario, esta reunión va á quedar convertida en un montón de confetti.

Clar. Ya serán menos papelitos.

Cant. (A Cipriano y procurando que sea bien visto.) ¿Qué pasa?

Cip. Usté oiga y calle.

María Don Rodolfo: ¿es esta dama la dama á quien se refirió cuando me dijo un día que estaba usted á pique de casarse con un mochuelo con capota?

Feo Histórico.

Clar. ¿Ha dicho mochuelo?

Pil. Clara.

Cip. ¿Me da usted fuego? (A Cantalejo, que permanece atento al grupo, y sin oir á Cipriano, naturalmente.

Clar. No, no aprisionarme, dejarme...

Cip. ¡Que si me da usted fuego!... Este tío es sordo.

Clar. (Emocionadísima.) ¡Agua, aire!

Cip. (Dando un fuerte grito á Cantalejo.) ¡Fuego!

(Al oir fuego, se produce una confusión espantosa. Al camarero se le cae el servicio que produce un ruido formidable (pues debe llevar cucharillas, tapaderas de metal, cafeteras, etc., etc.), y todos gritan, corren y se atropellan, buscando la salida, y de esta forma cae rápido el

TELON

ACTO SEGUNDO

Sala modesta con puerta al foro. Puerta en primero y segundo término izquierda y balcón en primero derecha con sus hojas de cristales que juegan á su tiempo. Sillería de tapicería, Al foro izquierda, sofá. En segundo término, derecha, piano. Al foro izquierda, sillas al lado del sofá. Entre las dos puertas de la izquierda, una silla. Al foro, un retrato de caballero de edad, pintado al pastel, con su marco dorado y colgado en el testero del foro izquierda. Sillas volantes, butacas. Un vis á vis á la izquierda. Aparato de luz eléctrica encendido, colgado en el techo en el centro de la escena

ESCENA PRIMERA

ROBUSTIANA criada de la casa y CÁNDIDA chica de la portera

Rob. ¿De modo que te gustan los regalos?

Cánd. Muchísimo; ¡Ay, hija, cuando nos tocará á nosotras!

Rob. Mujer, todo llega; no hay que desesperarse.

Cánd. Ahora que yo bien me he creído que esta boda se desbarataba.

Rob. Mira que han ocurrido cosas, pero sin resultao. Lo más gordo fué lo de la Vicaría: ¡cómo trajeron á la señorita Clara! ¿te acuerdas?

Cánd. Paecía un espectro.

Rob. Pues, anda que el señorito Rodolfo... el pobre venía apenadísimo; pero, en fin, to se arregló.

Cánd. El que se ha portao ha sido el señor Cipria-

no el carnicero. Digo... Vaya un padrino rumboso.

Rob. Claro; hay amistad, vive en esta misma casa, la señorita dá lecciones de francés á su hija, y to se junta.

Cánd. ¿Y á dónde han ido á celebrarlo?

Rob. Á la Bombilla. El señor Cipriano, hombre de rumbo, ha preferido á un restaurante, el campo, el arroz y el manubrio, y allí se fueron esta mañana en un ómnibus con más alegría que un repicar á gloria: por cierto que ya tardan. (Dentro se le oye decir á un loro ¡¡Rodolfo!!...) ¡Anda mi madre! El loro, que no me he acordao de darle de comer.

Cánd. ¿Oye, pero tenéis un loro?

Rob. Sí, chica.

Cánd. Pues no me había enterao.

Rob. Como que le han traído hoy al medio día. Lo compró la señorita hace un mes y le han tenío en casa de las señoras de Regúlez, á donde iba toos los días mi señorita á enseñar al loro á decir Rodolfo, porque le quiere dar una sorpresa.

Cánd. De modo que el señorito no sabe que tié esta alhaja.

Rob. Ni pío.

Cánd. ¡Pues vaya una rareza!

Rob. Como que aquí no pidas otra cosa que Rodolfo por la mañana y Rodolfo por la noche. (Hace mutis y se va por segunda puerta lateral izquierda.)

Cánd. ¡La verdad es que estas señoras tienen cada cosa para que se las olvide...!

Rob. (Con la jaula del loro.) ¡Rico! ¿Tienes ganita? Ahora te daré los garbancitos... ¿Oye, verdá que se parece al tendero de la esquina?

Cánd. ¿A quién, á Policarpo? quita d'ahí: Policarpo es mucho más feo... Bueno, voy á bajar á la portería que está sola mi madre: hasta luego. (Vase.)

Rob. Y yo voy á dar de de comer al loro. (Entra al loro segunda lateral izquierda. Se oye ruido de cascabeleo y mucha algazara; poco á poco se van acercando. Sale Robustiana al oir el alegre bullicio.) ¡Anda, ya están ahí! ¡pues el loro ayuna! (Se asoma al balcón.)

Todos (Dentro cantan la siguiente canción popular:) (1)

«Viva la novia y el novio,
y el cura que los casó,
el padrino, la madrina,
los convidados y yo.»

(Se simula que se para un coche á la puerta de la casa; gritos de «¡Vivan los novios», mucha alegría y vuelven á repetir la misma canción popular.)

ESCENA II

PILITA, CAYETANA, PURITA, LUISITA, el SEÑOR CIPRIANO, BARINAGA, SOPITAS, invitados é invitadas. Salen todos muy alegres por parejas capitaneadas por Barinaga, á los acordes del paso doble de «Pan y Toros», con mantillas, mantones de Manila y derrochando mucha alegría. Después, á su tiempo CLARITA y RODOLFO, ella con vestido negro de boda, ramo de àzahar, etc., y él, traje negro y chaleco blanco

Bar. (Subiéndose á una silla.) Tararí, ti, ta. ¡Alto... al!... ¡Firmes! ¡Presenten, armas! ¡duro! (Marcha real al entrar Clarita del brazo de Rodolfo.)

Clar. (Entrando muy ceremoniosamente.) ¡Gracias, señores; un horror de gracias!

Bar. ¡Viva la novia! (Subido en la silla.)

Todos ¡Viva!

Bar. ¡Viva el novio!

Todos ¡Viva!

Clar. ¡Gracias, señores; ustedes me confunden!

Bar. ¡Viva esta pareja feliz!

Todos ¡Viva!

Clar. Gracias, Barinaga; ha sido uste el *clouz* de esta imborrable fiesta. No lo olvidaré mientras perdure; y de vosotras, amigas entrañables, amigos cariñosos, de vosotros, repito, guardaré en lo más recóndito de mi corazón una viva...

Todos ¡Viva!

Cip. ¡Callarse, callarse!

Lór. ¡Silencio!

---

(1) La música de esta canción va al final de este libro.

Clar. Una viva, si que también profunda manifestación de cariño. (Todos la abrazan como igualmente á Rodolfo: muchísima animación.)

Cip. (A Pilita y aparte.) Hace veinticinco años, mes más, mes menos, que no bailaba yo un schotis tan pipirindoy, como el que he bailado esta tarde con usted.

Pil. ¡Ponderativo! (Dándole un golpecito en la cara coquetonamente, con el abanico.)

Clar. (Que está en el grupo de las muchachas.) Sí, verdaderamente canicular. Jamás supuse que nos hiciera un día tan esplendoroso. (A Rodolfo.) ¿Verdad, mi vida?

Rod. Sí, es cierto; el día ha sido espléndido, ha habido momentos, de verdadero calor.

Clar. Y luego la suerte loca de que no haya habido ni el más leve tiquis miquis entre los comensales, porque salvo lo de aquel inconsciente beodo que cuando yo me levanté á brindar gritó «el baul mundo se vende,» lo demás, orgía y placidez.

Todos ¡Ja, ja, ja! (Todos rien.)

Cay. ¡Doña Clarita, doña Clarita!...

Clar. ¿Qué os acontece?

Cay. Hemos echado á suerte, y ¿quién dirá usted que va á ser la primera persona de esta reunión que se va á casar? ¿A que no lo acierta?

Clar. Un momento. (Pensando.) Paquita.

Todos Frío, frío, frío... (Con gran alegría y todos á un tiempo.)

Clar. Esperarse, esperarse... Nieves.

Todos ¡Más frío, más frío!

Clar. Me doy por vencida.

Cay. Pues, una servidora de usted, con *Sopitas*. Ahí es nada con *Sopitas*. (Todos golpean cariñosamente á Sopitas, que es un tipo muy cómico que no pronuncia las erres.)

Sop. Bueno; eso se tomalá á chufla, pelo soy má plopolción pa usté que ese chico calvo que la coteja, porque el año que viene selé pelito aglónomo y cleo que é mejol casalse con un pelito que no con un calvo. (Todos rien.)

Clar. ¿Y tú qué dices á esto, Tanita?

Cay. Pues yo digo que sí, que Sopitas es una proporción para mes y medio, porque á los cua-

renta días creo yo, vamos, se me figura á mí, que Sopitas por la mañana y Sopitas por la noche, van á ser demasiadas Sopitas.

Todos — ¡Ja, ja, ja!

Clar. — Esta Tanita, es celebérrima.

Cay. — Mersi, madam. (1)

Clar. — Y á propósito, ¿Cómo vas con tus lecciones de francés?

Pil. — Oh tre bian; es casi una parisina.

Cip. — Sí que debe estar adelantadilla porque ayer entró en la carnicería un cocinero francés á pedir no sé qué ratimaguerías en fuchi fuchi; llamé á esta madremoiselle y á la carrerille.

Pil. — Oh, tre bian, madmuasel, tre bian.

Cay. — Papá que es muy amable.

Pil. — No, eso no; porque cartas cantan. Verán ustedes. (A Cayetana.) Madmuasel Cayetana.

Cay. — ¿Qué vule vu?

Pil. — Ecute mua.

Cay. — Tú d'suit; bueno: si me miran ustedes, me van á poner al rojo cereza.

Pil. — Vus-et ou bien amuse osurdiu. La he preguntado si se ha divertido mucho.

Cay. — Bocu madam.

Pil. — Tre bian.

Cip. — Es que lo domina.

Pil. — Sete mú vusale bien dormir.

Cay. — (Pensando.) ¿Sete mú vusale bien dormir?

Pil. — Ouy madmuasel.

Cay. — (Pensando.) ¿Busale? ¿Busale? Madam, ¿cómo se dice en francés? De un tirón.

Pil. — Dun sol-tre.

Cay. — Oh parfetman. (Dudando mucho.) Dun.

Pil. — Sol-tre. Dun sol-tre...

Cay. — Dun sol-tre. ¿Cómo se llama la cabeza?

Pil. — La tet.

Cay. — Si to la tet la tet, ¿cómo se llama la almohada.

Pil. — Orelle.

Cip. — Es que lo domina.

Cay. — Mersi. Si to la tet sur lorelle scho dormire aunque di fe le le. ¿Cómo se llama el sereno?

---

(1) Las palabras en francés de esta escena, se pronunciarán como van escritas.

Cip. Manuel. (Todos se ríen.)

Pil. No pregunta eso, señor Cipriano. (A Cayetana.) ¿Es sereno adjetivo ó sereno funcionario público?

Cay. Funcionario público.

Pil. Vellur de nui.

Cay. (Corriendo.) Si to la tet sur lorelle scho dormire aunque di fe le vellur de nui.

Todos ¡Muy bien, muy bien!

Cip. Ni *la azara Bernar.*

Clar. Bueno, señores, el que quiera tomar una copita ó un emparedadito, con permiso de mi esposo, puede efectuarlo, ¿verdad, Rodolfito? ¡Rodolfito! (A Rodolfo que habla con Lóriga.)

Rod. ¿Ah, qué quieres?

Clar. ¡Hombre, por Dios, invita!

Rod. Señores, ustedes están en su domicilio: en el comedor hay pastas, emparedados, changüis y vinos á discreción.

Clar. Eso es, y de paso verán ustedes los regalos que hemos tenido: poquísimos, pero preciosísimos.

Cip. Creo que hay algunos que Zumalacarregui.

Clar. Sí; pero, sobre todo, le han regalado á mi Rodolfo una panoplia con armas árabes auténticas que es una preciosidad. Allí verán ustedes un alfanje con el que se han cercenado más de doscientas cabezas musulmanas.

Cip. Vamos á verlas.

Todos Vamos á verlas.

(Todos entran con gran algazara.)

Clar. ¡Qué juventud más tumultuosa! (Mutis.)

ESCENA III

LÓRIGA y RODOLFO

Rod. (Con misterio á Lóriga.) ¿De modo que dices que has hablado con ella?

Lór. Y con su hermana.

Rod. El de Ocaña no estaba allí, ¿verdad?

Lór. No; no le he visto ni me han hablado de él.

Rod. Bueno; ¿y qué te ha dicho esa mujer?

Lór. Pues le dí tu carta, la leyó muy detenida-

mente y luego se pasó el dorso de la mano derecha por los labios y dijo una cosa en árabe.

Rod. ¿En árabe?

Lór. Sí; dijo Jajay-Jamalajai...

Rod. Bueno; al asunto, ¿qué dijo en castellano?

Lór. Que eras un sinvergüenza.

Rod. Eso me lo podías haber dicho en árabe.

Lór. Y que ella con mil quinientas pesetas no tenía ni para aceite, y que en definitiva, si no le envías las dos mil que te ha pedido, ya te puedes ir á la zona tórrida. Y concluyó diciéndome: dígale usted á ese gorrión de la Siberia que me remita las dos mil pesetas que le he pedido y que viva feliz con esa tinaja.

Rod. Pues yo, á pesar de todo lo que dices, estoy con una zozobra que no puedo vivir. Sí, Lóriga, sí; esa tranquilidad de María la True no me anonada, esa mujer cabila, y lo que cabila fragua, y luego ese hermano que le ha salido á última hora... porque ¡qué demonio! á mí las mujeres no me asustan... pero, querido Lóriga, un tío que se ha pasado diez años en el penal de Ocaña y que probablemente habrá ido allí por... (Acción de pinchar.) pues, por menos de lo que vale un cacahuet, vuelve otros diez años, y eso le pone los pelos de punta á un sombrero de copa; aparte de que María la Trueno y su hermana son capaces de volar esta casa con dinamita: las conozco. (Se oye ruido.)

Lór. ¡Que vuelven!

Rod. Bueno; ya determinaremos. (Salen todos con gran animación.)

ESCENA IV

DICHOS, CLARITA, PILITA, CAYETANA, PURITA, LUISITA, el SEÑOR CIPRIANO, BARINAGA, SOPITAS, INVITADOS é INVITADAS que salen riendo por la primera izquierda

(Todas las muchachas rodean á Clarita.)

Clar. Pero criaturas, estáis locas.

Todos Que sí, que sí. Clarita, doña Clarita.

Cip. Ande usted, Clarita.

Clar. Vamos, ¿te parece, Rodolfo? Pues no me suplican estas muchachas que baile contigo ese tuesten que tanto se ha popularizado?

Rod. ¿Y por qué no?

Todos (Abrazan á Rodolfo.) Muy bien, Rodolfo, bravo.

Cay. Vaya, y puesto que usted es tan amable y accede á bailarlo, yo lo cantaré.

Cip. Eso es, y que te acompañe doña Pilita.

Todos ¡Bravo! ¡Bravo! (Palmotean.)

Clar. ¡Qué juventud más tumultuosa!

(Pilita se sienta al piano, Cayetana canta y Rodolfo y Clara bailan el referido tuesten cuando lo marque el número.) (1)

Todos ¡Bravo! ¡Muy bien!

Cip. Caray, yo ignoraba que tuviese usted esas condiciones tan churriguerescas pa el arte de Talía.

Clar. (Fatigada.) Oh, señor Cipiripi, señor Cipiripiano, realmente he sido siempre una pirinola desenfrenada; pero ahora, vamos, no sé si la emoción de este día... el entusiasmo natural. . no sé... pero me agito.

Cip. Los años...

Clar. ¿Eh?

Cip. Los años que hace que no bailaba yo tampoco; pero anda que hoy *arropíbilis*...

Clar. Bueno, señores, no es echarles; pero yo comprendo que ustedes tendrán que descansar... ¿verdad, Rodolfo?...

Rod. (Que está distraído con Lóriga.) Sí, sí, claro; pero esto no obsta para que si los señores lo desean puedan estar aquí hasta que raye el día; luego unos buñuelitos...

Clar. No, Rodolfo; no seré yo quien retenga aquí á estos buenos amigos ni un minuto más.

Lór. (A Rodolfo.) Que quiere quedarse sola contigo, hombre.

Rod. (A Lóriga.) Pero yo no.

Cay. (A Cipriano.) Vaya, vaya, papá: *¡alon si vu plé!*

Clar. (A Cipriano.) Padrino, agradecidísima á tanto despilfarro. Verdaderamente ha echado usted la casa por la ventana.

---

(1) El número de El Tuesten va al final del ejemplar.

Cip. Estaba obligao; lo que hace falta es que la vuelva á echar cuando venga el primer ternerillo.

Clar. ¡Uy, ternerillo! (Muy ruborosa.)

Cay. Doña Clarita...

Clar. Tanita, ratifico lo de tu padre. (Quitándose el ramo y entregándoselo) Toma; repártelo entre las muchachas.

Bar. Doña Clarita: una eterna luna de miel, muchas prosperidades, poca chiquillería y pasta mineral catalana. ¿He dicho algo?

Clar. Gracias, Barinaga. (Emocionada.)

Sop. Doña Clalita: no encuentlo palablas pala deseale la felicilá que usté se melece en la agladable compañía de su leciente esposo.

Clar. Gracias, Sopitas.

Sop. Y haga el Sumo Hacedol que no peltulbe este idilio ventuloso ninguna sombla liviana... (Todos ríen.)

Clar. Sopitas, muchas gracias.

Sop. En esta nueva ela de ventula sin cuento que se vislumbla en este hogal tlanquilo y apacible.

Clar. Repetidísimas gracias, Sopitas.

Sop. Bien quisiela yo...

Todos Fuera, fuera... que lo echen.

Sop. Señoles, que no he telminao la olación. Bien quisiela yo tenel. (Todos cogen á Sopitas y lo echan; éste se va discurseando; las muchachas abrazan á Clarita y dan la enhorabuena á Rodolfo. Despedidas cariñosas, abrazos y mucha animación. Clara, Pilita y Rodolfo salen al balcón á despedirlos.)

Clar. ¡Oh, qué día!... Pero, calle, si están aquí Purita y Luisita... (Que estarán sentadas.)

Pur. Estamos esperando á papá, que nos dijo que vendría á buscarnos.

Lui. Puede que tarde, porque como esta noche tenía Ateneo...

Clar. ¡Por Dios! ¿Y para qué esa molestia? Pilita os acompañará.

Pil. No faltaba más.

Clar. Pilita, vé con Robustiana para que no vuelvas sola, á acompañar á Purita y Luisita.

Las dos Pues muchísimas gracias.

Clar. Adiós, ricas, adiós.

Las dos Que sea para bien.

Clar. Gracias... (Vanse Purita, Pilita y Luisita.)

ESCENA V

CLARA y RODOLFO. Este, cuando se queda solo con Clarita, empieza á pasear silbando y huyendo discretamente de ella

Clar. (Después de una pausa, da un suspiro.) Solos.

Rod. (Distraído.) Solos.

Clar. (Muy mimosamente y sentándose en el «vis á vis».) Rodolfo, ya eres mío.

Rod. Clarita de mi alma, y tú también eres mía.

Clar. Sí, tuya nada más, y de eso puedes congratularte... Siéntate... (Rodolfo se sienta, pausa.) Jamás fijáronse mis ojos en otros ojos que tus ojos, ni jamás palpitó mi corazón por otro corazón que el tuyo; no por falta de cortejos, Rodolfo, que bien me rondaron, pero ahí está (Señalando á un retrato grande pintado al pastel.) don Esteban Montero de Covadonga...

Rod. ¿Dónde? (Mirando por todos lados.)

Clar. (Señalando al cuadro.) Ese pastel... que fué en vida pundonoroso bibliotecario, supo velar por la acrisolada honra de sus hijas. ¡Gracias, papá! (Muy afectada.)

Rod. Clarita, no te afectes.

Clar. Perdona, Rodolfo, y oye... ¿Te acuerdas del día que nos conocimos?

Rod. El cinco de Mayo por la noche en el café de Varsovia.

Clar. Entraste, te vi, pasaste por delante de mi mesa en el preciso momento en que me servía el camarero un *antrecot.* Clavé mis ojos en los tuyos y exclamé: «¡Qué chico!» Por cierto que dijo el camarero: «Pues no los hay más grandes.» Delicioso *quid procuó.*

Rod. Después te seguí, entraste en tu casa, saliste al balcón y dejaste caer un crisantemo, que yo recogí. Aquella noche soñé contigo.

Clar. ¿De veras, Rodolfo? ¿Y qué soñaste?

Rod. Qué sé yo; sólo recuerdo que al quedarme dormido, vi resurgir del fondo cristalino de una fontana una vaporosa figura envuelta en azulinos celajes y exclamé: ¡Oh! Esta visión es ella.

Clar. Oye, Rodolfo, y si en sueños te parecí una visión, ¿en la realidad, qué te parezco?

Rod. Más... más lozana que una flor y más airosa que una ánfora griega.

Clar. ¿Verdad, Rodolfo, que sí?

Rod. ¿Que si qué?

Clar. ¿Que sí?

Rod. Ah, sí.

Clar. ¡Qué hermoso es el amor, y si al amor acompaña una noche silenciosa y apacible, qué dulcemente se deslizan las horas! Rodolfo, dí que me quieres, di que me quieres ahora que no se percibe ni el más leve ruido. (Se oye una murga que toca desaforadamente.) ¡Canario, qué serenata más intempestiva!

Rod. ¡Y cómo soplan!

Clar. Anda, Rodolfo, échales una propina y que se alejen.

Rod. El caso es que las últimas cincuenta pesetas que me entregaste, se han ido en propinas...

Clar. Toma estos veinte céntimos. (Rodolfo sale al balcón.)

Rod. Chis... chis... Ahí va eso... (Dejan de tocar.) ¿Cómo? Sí, para los cinco... ¿Qué dice? ¡Ah, no sé! Adiós...

Clar. ¿Qué te han dicho?

Rod. Que son cinco y con los veinte céntimos, ¿cómo tocan?

Clar. Malísimamente. ¡Qué exigencia! ¡Si fuera uno á dar á todo el que implora!... Oye, amor mío.

Rod. ¿Qué quieres, paloma de mi alma?

Clar. Dame un poquito de agua con bicarbonato, que está ahí en mi neceser.

Rod. En seguida.

Clar. ¡Qué figura! Sí; lo comprendo, no puedo negarlo, le quiero mucho, le quiero mucho.

Rod. (Se vuelve con la copa para echar el bicarbonato.) ¿Mucho ó poco?

Clar. Muchísimo. (Rodolfo vuelca el bote del bicarbonato en el vaso de agua. Campanilla.) ¡Ah! ya están ahí Pilita y la criada. Anda, Rodolfo, vé á abrir. (Mutis Rodolfo.) Verdaderamente he tenido una suerte formidable.

Rod. (Dentro.) Espere usted un momento (Sale.)

Clar. ¿Quién es?

Rod. Un mozo de cuerda que trae una caja de madera y esta tarjeta.

Clar. Otro regalo. Nos van á abarrotar la casa. A ver. (Leyendo.) «Ceferino Pastrana y señora, se las prometen muy felices». ¿Tú no conoces á ningún Pastrana?

Rod. Pastrana... no caigo.

Clar. Por lo pronto di al mozo que pase el regalo. (Mutis.)

Rod. (Dentro.) Pase usted. (Entra el mozo de cuerda con una caja muy grande que la pone sobre una silla en la lateral izquierda.)

Mozo Con permiso. ¿Dúnde lo póngulo?

Clar. Aquí... Muy bien. (Dándole una propina.) Tenga usted, buen mozo.

Mozo Gracias; salú. (Mutis.)

Rod. Oye, Clarita, la tarjeta dice Pastrana, ¿verdad?

Clar. Sí.

Rod. Y que se las prometen muy felices.

Clar. Que nos las...

Rod. (Aparte.) (No sé, no sé por qué me da el corazón que esto debe ser una broma de María la Trueno.)

Clar. Anda, Rodolfo, quita la cuerda y ese papel que cubre la caja, que ardo en deseos

Rod. Voy. (Quitando el papel que envuelve la caja, en la que en gruesos caracteres se lee; ¡¡MUCHO CUIDADO!!)

Clar. ¡Uy! mira lo que dice aquí: «¡¡Mucho cuidado!!».

Rod. (Leyendo.) «¡¡Mucho cuidado!!». ¡Caray!

Clar. Mucho cuidado; debe ser alguna porcelana de Sajonia.

Rod. Mujer, pondría frágil; pero mucho cuidado y con cuatro admiraciones como cuatro espárragos, me voy á llegar á la Comisaría.

Clar. Rodolfo, no me intranquilices.

Rod. No, si no te intranquilizo; pero yo voy á la Comisaría.

Clar. Vamos, Rodolfo, no me gustan esas bromas. ¿Quién iba á ser capaz de enviarnos... (Mirando recelosamente á la caja.) Mucho cuidado; vamos, no quiero ni pensar en ello.

Rod. Pues mira, Clara; lo que te digo es que aquí hay que prevenirse, porque, la verdad, yo de esa mujer lo espero todo.

Clar. ¡Ah, sí, tienes razón! ¡Dios mío, Rodolfo, me

haces temblar... mucho cuidado... (Mira la caja y retrocede asustada.) mi amor venció al suyo... los celos, la venganza.. Sí, dices bien, vete á la Comisaría. (Rodolfo sale como alma que lleva el diablo. Clara, mirando al bulto.) ¡Dios mío, estoy volada, es decir, puedo estar volada. ¡Qué espanto!... ¡Oh, qué almas más negras! Turbar así la tranquilidad de un hogar naciente... Y Pilita y Robustiana sin venir... ¿Será lo que piensa mi esposo? (Se oye el timbre de la puerta. Con alegría.) ¡Oh, ya están ahí, gracias á Dios! (Clarita sale á abrir y después de una corta pausa se oye la voz de Clara dentro, que dice:) ¡Aquí no tienen ustedes que buscar á nadie!

ESCENA VI

DICHOS, MARIA LA TRUENO, ENCARNA y el FEO DEL OLE

María (Dentro.) Calma, señora, mucha calma. De aquí no nos vamos.

Feo (Dentro.) Colarse... (Entran María la Trueno, Encarna y Feo del Ole.)

Clar. Tengan ustedes la bondad de salir de esta casa, ó voy á avisar á una pareja ahora mismo.

María Sólo dos palabras.

Feo Tranquilidá.

María Si tiene usted la bondad de escucharme dos palabras, ahora que no está su esposo de usted, puede que nos entendamos.

Clar. Señora: mi esposo ha ido á la Comisaría.

Feo Pánico.

Enc. La cajita ha surtido su efecto.

Clar. Bueno: lo que tengan ustedes que decirme, de prisa, que no estoy para perder el tiempo. ¡Oh, qué rufianes!

María Ante to. Que sea para bien.

Enc. Servidora se asocia.

Feo Y yo me repito.

María Pues, desde la mañana que tuve el gusto de conocerla en la Vicaría, ya habrá usté notao que no les he sío muy pesá. Sentí lo del incidente del fuego, porque como salimos así al corre que te quemas, no pude ofrecerla

mis respetos ni ponerla á usté al corriente de lo que era el sinvergüenza á quien esta mañana dió usté en la Parroquia el sí bemol.

Feo — Bordao.

Enc. — Pero que en cañamazo.

María — Y pa no serla á usted molesta, haré en muy pocas palabras el historial del joven verderón de este nido.

Clar. — Y esa Pilita, sin venir.

María — Es muy breve. Esa abreviatura de hombre ha jugao año y medio con una serviora al *lontenéis*, creyendo que una servidora era una sucursal de la Lonja del Almidón.

Feo — Un glotón.

María — Pero cuando se percató de que en mi casa hasta el gato bostezaba después de haberse llevado ese ladrón hasta la ceniza de la hornilla, se afiló el pico, ahuecó el ala, tomó vuelo, y se posó en la cúpula de San Francisco el Grande, que es usté.

Clar. — Insultos no se los tolero ni á usted ni á doña María la Brava. (Cogiendo una silla y en actitud trágica.)

María — Calma, que ya termino: y pa rematar tenga la bondad de leer esta epístola que me ha sido enviada ayer por su amantísimo esposo. (Dándole á Clarita la carta.)

Clar. — Eso es una vil calumnia.

Feo — Que laleala.

Clar. — Sí, esta es su letra. (Leyendo.) «Mariquita de mis ojos. Estoy más perdido que dos pesetas de un punto: que tires por donde quieras, no veo más solución que casarme con aquel espantapájaros que conociste en la Vicaría. Pero vive descuidada, perla de Oriente, que yo soy tuyo como Zaragoza es del Rey, y, ó poco puedo, ó á ese mirlo romántico lo desplumo y le hago hincar el pico á disgustos. En cuanto me echen el yugo te enviaré mil quinientas pesetas que pediré á mi esposa... para que vayas tirando hasta que pueda enviarte otro pico. Adiós, gitanaza, mi morucha. Te adora tu Rodolfo.» ¡Oh, qué filtro envenenado me dan en este papel!

María — Hija, yo siento haberla amargao á usté este

cuarto creciente; pero usté comprenderá que no tenía más remedio que desenmascarar á ese distinguido sinvergüenza.

Clar. Gracias, señora Tormenta.

María Trueno.

Clar. Es igual, porque la tempestá e vechina.

María (A Encarna.) A mí esta mujer me da lástima.

Enc. Es una desgraciá.

Clar. No merecía yo esta burla sangrienta... pero, ¡ah! señor don Rodolfo Vicuña y Pulido... yo sabré vengarme; lo juro por ese pastel. (Por el retrato. Todos miran.)

María ¡Caray, qué juramento!

Clar. ¡Ah! La ilusión de toda mi vida, un hogar venturoso y una paz octaviana, todo deshecho, todo desvanecido en un instante... y fuiste tú, miserable... tú... (Nerviosísima y dando una entonación cómico-dramática.)

Feo Esta la diña...

Clar. Tú... ¡ah!... sí... (La da un desmayo.)

María Señora... (A Feo.) Echala el humo... (En este momento, y cuando la están auxiliando, suena el timbre de la puerta.) Tú, Feo, sal á abrir, que aquí no debe haber nadie. (Mutis Feo.)

Pil. (Se la oye escandalizar dentro al ver al Feo.) ¡Pero qué es esto! (Entra asustadísima, al ver el cuadro que ofrece aquel grupo.) ¡Ustedes aquí!... ¡Y mi hermana desmayada!... ¡Clarita! ¡Clarita!... ¡Hermana mía!... ¿Qué ha pasado aquí? ¿Qué han hecho ustedes con mi hermana?

María Señora, calma, que de todo se enterará usted.

Pil. ¡Clarita, soy yo, Clarita!

Clar. ¿Quién?... (Volviendo cómicamente de su desmayo.) ¡Ah, Pilita, tú! ¡Qué desgraciada soy! (Abrazándose á Pilita y llorando amargamente.)

Feo (Al ver aquel momento dramático.) ¡Pues ni la peste de Otranto!

Pil. Pero, ¿qué ha ocurrido aquí durante mi ausencia?

María Miste, señora; si no toma usté esto con azar, nos evaporamos. (Levantándose.)

Clar. No, no se evaporen ustedes; sentarse, sentarse.

Pil. Pero, ¿quieren ustedes explicarme?...

Clar. Pilita; esta buena gente ha venido en buen

hora á esta casa á cumplir con un deber de conciencia. Este papel te lo explicará todo. (Dándole la carta.) Lee.

(Pilita lee precipitadamente.)

Pil. ¡Oh! ¿Dónde está ese monstruo? (Buscándole.)

Feo Esta es el puntillero.

Pil. ¿Dónde está ese dragón?

Clar. Calma, Pilita, calma, mucha calma: lo hecho es irremediable. Calma, Pilita, calma. (Suena el timbre de la puerta.)

Clar. ¡Ah! ¡Ese es él!...

Pil. ¿El?...

María ¡El!...

Enc. ¡El!...

Feo ¡El caos!...

Clar. ¡Silencio!...

Feo ¿Me permiten ustedes que le endiñe!... (Acción de pegar.)

Clar. No... Silencio repito: ni una palabra, ni un gesto. Sentarse, sentarse... Yo hablaré. Inmóviles. (Todos se sientan y permanecen inmóviles.)

ESCENA VII

DICHOS y RODOLFO que entra distraído y sin fijarse en lo que le espera

Rod. Me ha dicho el Comisario que... (Reparando en el grupo.) ¡¡Rebomba!! Buenas noches... (No le contestan.) Muy buenas. Parecen una colección de figuras de cera... Bueno, ¿quieren ustedes hacer el favor de decirme qué significa esta inmovilidad?

Clar. (Levantándose muy ceremoniosamente.) Señor de Vicuña y Pulido: si aún le resta un átomo de dignidad; si es posible que todavía su rostro pueda sonrojarse, evite la vergüenza de verse expulsado de esta casa.

Rod. ¿Qué quieres decir con eso?

Todos ¡Que se vaya!

Rod. ¿Yo?... ¿Por qué?

Clar. No tenemos que darle explicaciones. Esa es la puerta.

Rod. Pero ¿es que á mí se me va á arrojar de esta

casa como á una doméstica de cuarenta reales? (Toma actitud de valiente.)

Todos (A un tiempo.) Sí.

Rod. ¿Y quién va á atreverse á arrojarme á mí de este domicilio?

Feo ¡Ego sum! (Mostrándole el garrote.)

Rod. Yo con usté no me meto, ¿eh?

Clar. ¡Cobarde! Fuera de aquí.

Todos ¡Fuera!

Rod. Yo cobarde.. yo... fuera... (Me juego la última carta.) (Mesándose el cabello.) ¡Cobarde yo!... ¡Yo cobarde! ¡Ah! (Da un grito y entra segunda lateral izquierda.)

Feo ¡Caray!

Clar. ¡Dios mío!

Pil. ¡Jesús!

Clar. Yo estoy aterrada: yo no le he visto nunca así.

Pil. ¿Se habrá vuelto loco?

Feo Señores; yo tengo que ir á sacarme una muela...

María ¡Espérate!

Enc. ¡Quieto!

María (Al ver á Clarita y Pilita asustadísimas.) No hagan ustedes caso que esto es una pantomima. (En este momento sale Rodolfo fingiendo desesperación y con un alfange moro. Procúrese que el alfange sea grande y de metal, nada de madera, para que al dar contra el suelo suene mucho. Todos al verle se aterran.)

Rod. ¡Ah! ¡Fuera de aquí todo el mundo!

Clar. ¡Con el alfange moro!

Feo ¡Rediós, qué raspador!

Rod. ¡Fuera! (Soltando mandobles al aire y dando golpes en los muebles y en el suelo.)

Clar. ¡Rodolfo!

Pil. ¡Rodolfo!

Rod. ¡Fuera! ¡Fuera! (Todos salen corriendo. Se oye gritar dentro á Robustiana.)

Rob. (Dentro.) ¡Señorito! ¡Señorito! (Se oye el portazo de la puerta.)

Rod. (Entrando en escena como si hubiese librado una batalla.) Solo, me he quedado solo, he echado hasta la sirviente; y á usted, (Encarándose con el retrato.) señor don Esteban Montero de Covadonga, no le echo, porque me iba á costar una peseta el mozo de cordel... Que si no...

¡¡Ah!! (Da un tajo al aire.) En esta casa no queda ya una rata, ni una rata. (Transición.) Lo que nunca pude figurarme es que fuera yo tan valiente, y no cabe duda lo soy. Soy un valiente. (Se oye dentro al loro que dice: ¡Rodolfo!) ¡Mi abuela!... (Dando un salto.) ¡Han dicho Rodolfo! (Se vuelve á escuchar ¡Rodolfo! Con miedo.) ¿Quién anda ahí?... Pero si he visto salir á todo el mundo: si yo mismo he cerrado la puerta... ¿Quién llama? ¿Quién es? (Levantando la cortina con gran sigilo y precaución.) Pero si es un loro: ¡maldita sea su estampa! (Cogiéndole.) Pues ha estado á punto de darme un susto horroroso. Yo contaba con dos cacatúas, pero no con un lorito: y qué claro dice Rodolfo este ladrón. (Campanilla fuerte.) ¡Repuño! ¿Quién será? (Deja el loro encima de la mesa.) Yo, por si acaso, no dejo el alfange.

ESCENA VIII

RODOLFO y SEÑOR CIPRIANO

Cip. (Entra con gran solemnidad y como quien viene dispuesto á todo.) Buenas noches.

Rod. Déjeme usted cerrar la puerta.

Cip. Déjela abierta que entre aire.

Rod. Pero ¿cómo usted por esta su casa?

Cip. Don Rodolfo... Hace un momento han estao abajo en mi casa doña Clara y doña Pilita y tres personas más, que usted conoce, y han entrao de una forma que no es pa relatarla.

Rod. (Mostrando el alfange distraídamente, pero con la intención de asustar.) Le advierto á usted, señor Cipriano...

Cip. (Sin hacer caso del alfange.) Después de enterarme rápidamente de toda su poca vergüenza y del ojeto que le guiaba al casarse con esta pobre señora, me han suplicao, el caballero inclusive, que suba á esta casa, y, con toda la delicadeza que el caso requiere, le tire á usted por el balcón.

Rod. ¿A mí?

Cip. ¡A usté!

Rod. Bueno, señor Cipriano. Ante todo tenga la bondad de escucharme á mí, porque... (Sigue mostrando el alfange al señor Cipriano, que no se da por enterado.)

Cip. Yo no le escucho á usté, porque no es ese el encargo que tengo. El encargo es tirarle á usté por el balcón, quiera ó no quiera.

Rod. ¡Qué bruto!

Cip. Y ahora, una súplica; y es, que me haga el favor de firmar este papelito. (Le da el papel.)

Rod. (Leyendo.) «Desesperado de vivir me arrojo por el balcón á la calle: no se culpe á nadie de mi muerte.» Yo no firmo eso.

Cip. No va usté á tener más remedio que firmarlo, porque yo no me muevo de aquí hasta que no rubrique. (Se sienta en una silla.)

Rod. (Me juego la última carta definitivamente.) (Empieza á hacerse el loco y á repartir mandobles por las sillas y al aire, encarándose con el señor Cipriano, pero sin atreverse.)

Cip. (Que le ve sin inmutarse.) Eso pa la guerra, porque á mí, carrasclás.

Rod. (Este tío es Daoiz y Velarde.)

Cip. (Levantándose.) ¡Tire usté eso, so fantoche, que me está usté pareciendo la sota de espadas! (Le coge por el cuello.)

Rod. ¡Ah, señor Cipriano, señor Cipriano!... (Aparecen en el foro Clarita y Pilita.)

Cip. Pasen ustedes, que está sujeto el leopardo.

Clar. Gracias, señor Cipriano, muchísimas gracias.

Pil. Esto es un hombre varonil.

Cip. ¿Tienen ustedes, por última vez, que pedir algo á este pollo?

Pil. ¡Que lo asen!

Clar. Que vaya muy mucho con Dios, y que El lo perdone.

Cip. Ya lo oye usté... puede retirarse.

Rod. Pero es que...

Cip. Al buen callar llaman Sancho. (Señalándole la puerta y Rodolfo compungido.)

Rod. Bien; está bien. Buenas noches... (Medio mutis.)

Loro ¡¡Rodolfo!!

Rod. (Rápidamente.) ¿Me llamabas?

Clar. No, ha sido el loro.

Rod. Ha sido el loro, el loro que tiene mejores sentimientos que tú, porque yo he sido un fresco, ¿á qué negarlo?, sí, un fresco.

Cip. ¿Fresco nada más? Diga usté un vendaval deshecho y puede que acierte.

Rod. Pues, sí, un vendaval, una galerna. ¡Pero Clara, Clara de mi alma! Tú me quieres, á tus ojos asoma todo el inmenso amor que me tienes, y por ese amor, por nuestra eterna luna de miel, te imploro, Clara mía, que me perdones... (Arrodillándose.)

Clar. (Aparte.) (¡¡Qué ladrón!!)

Pil. Señor de Vicuña...

Clar. Pilita... De hidalgos corazones es perdonar. Levántate, Rodolfo.

Rod. Gracias, Clarita. (Levántase y la besa la mano.)

Cip. Le advierto á usted que vivo en el principal, que no me asustan las armas cortantes, y que en menos que usted se santigua, descuartizo una vaca.

Rod. Voy á ser un ángel.

Cip. Que así sea. Buenas noches. (Mutis.)

Clar. / Pil. } Adiós, señor Cipriano.

Rod. Pero, ¿quién ha enseñado á este animalito á pronunciar mi nombre? (Cogiendo la jaula del loro.)

Pil. Mi hermana, que le quiere á usted más de lo que usted se merece.

Clar. ¿Lorito? ¿quién es el tunante por quien suspira tu amita?

Loro Rodolfo.

Clar. / Pil. } ¡Qué rico! (Rodolfo con la jaula del loro y Clarita y Pilita, una á cada lado de Rodolfo, haciéndole fiestas al lorito.)

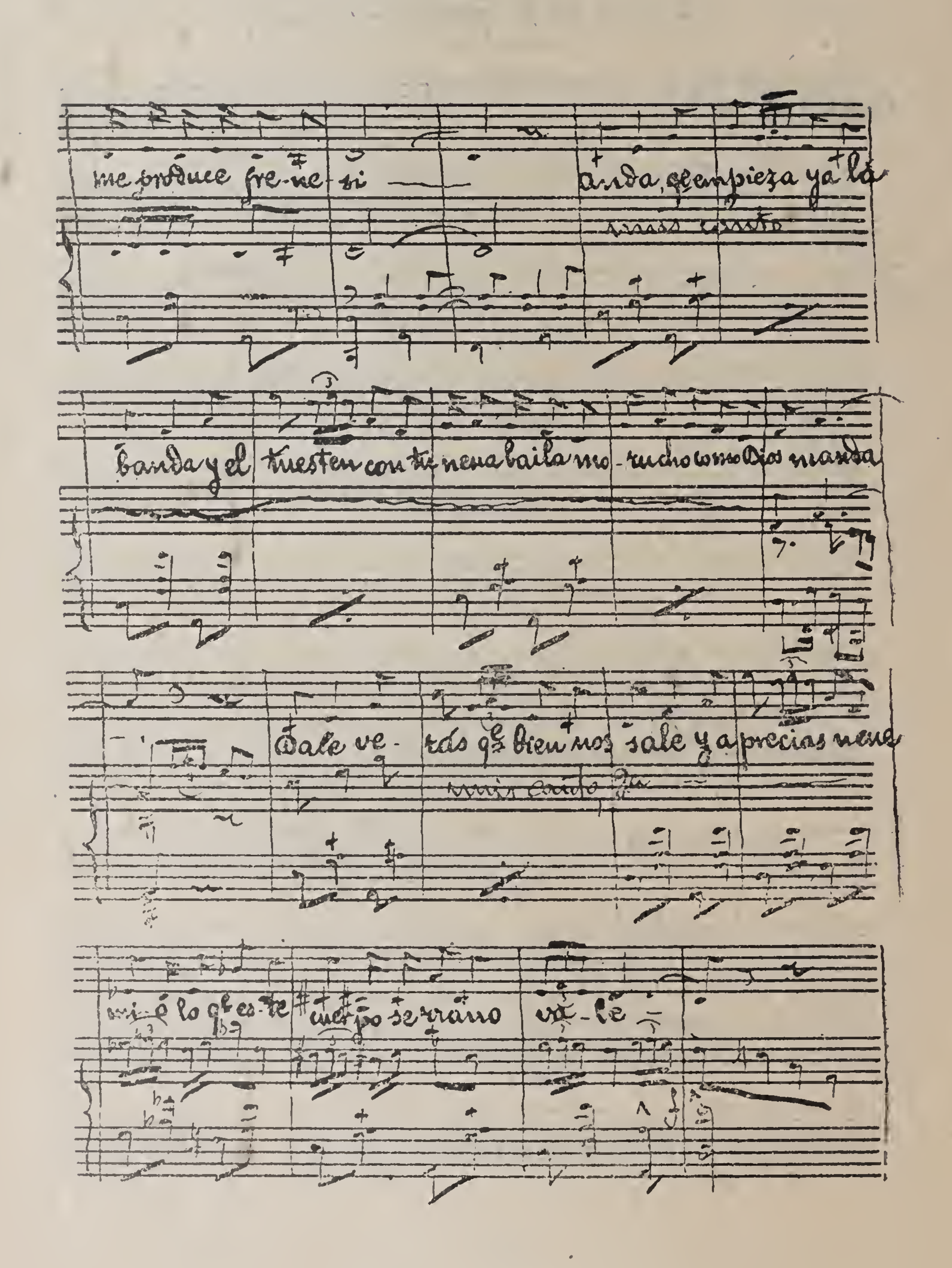
Rod. ¿Cuánto darán por este loro? (Clarita y Pilita continúan diciendo: «¡Rico!», «¡Monada!», «¡Cielecito!», «¿Quién te quiere á ti?»—Telón lento.)

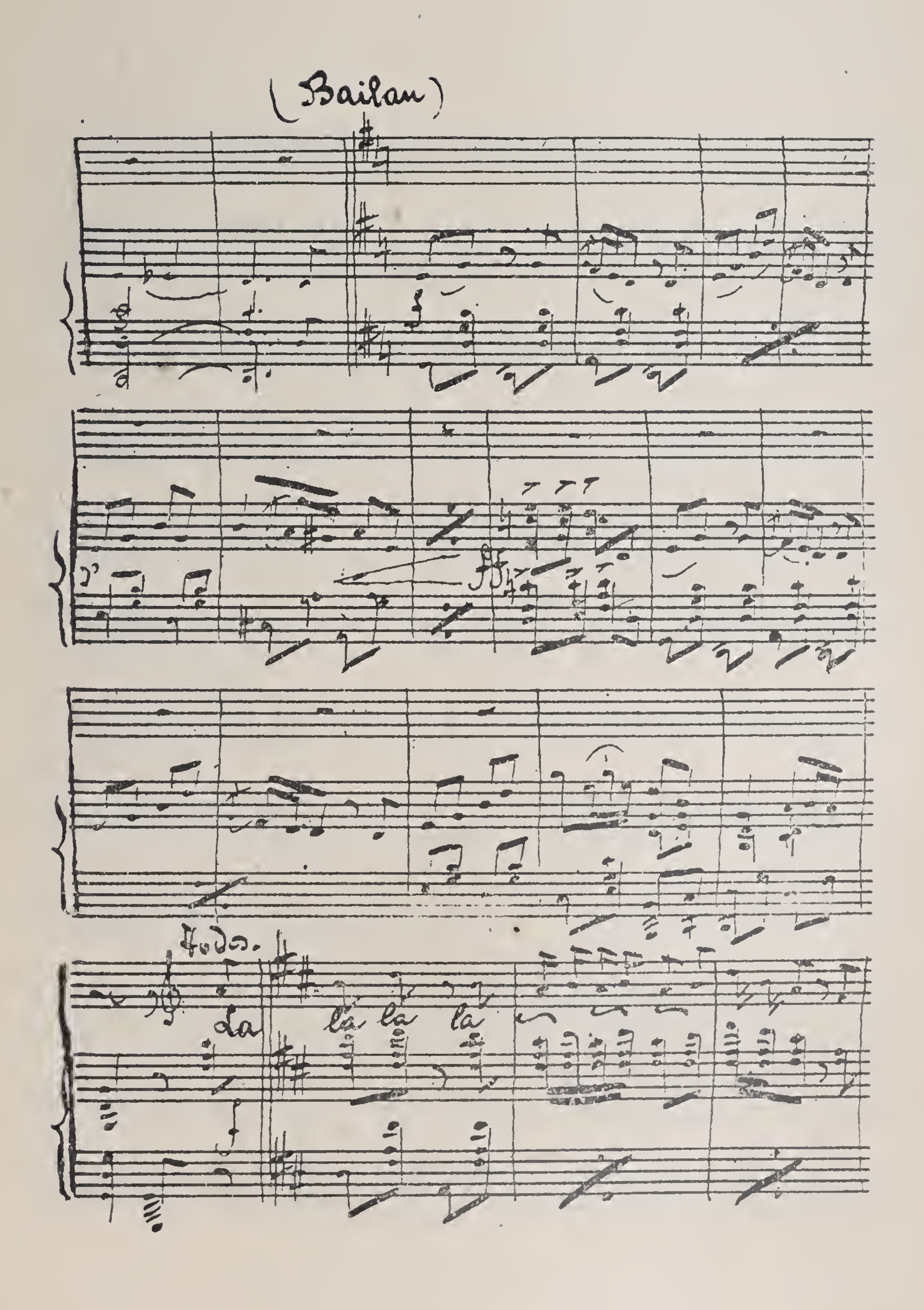
FIN

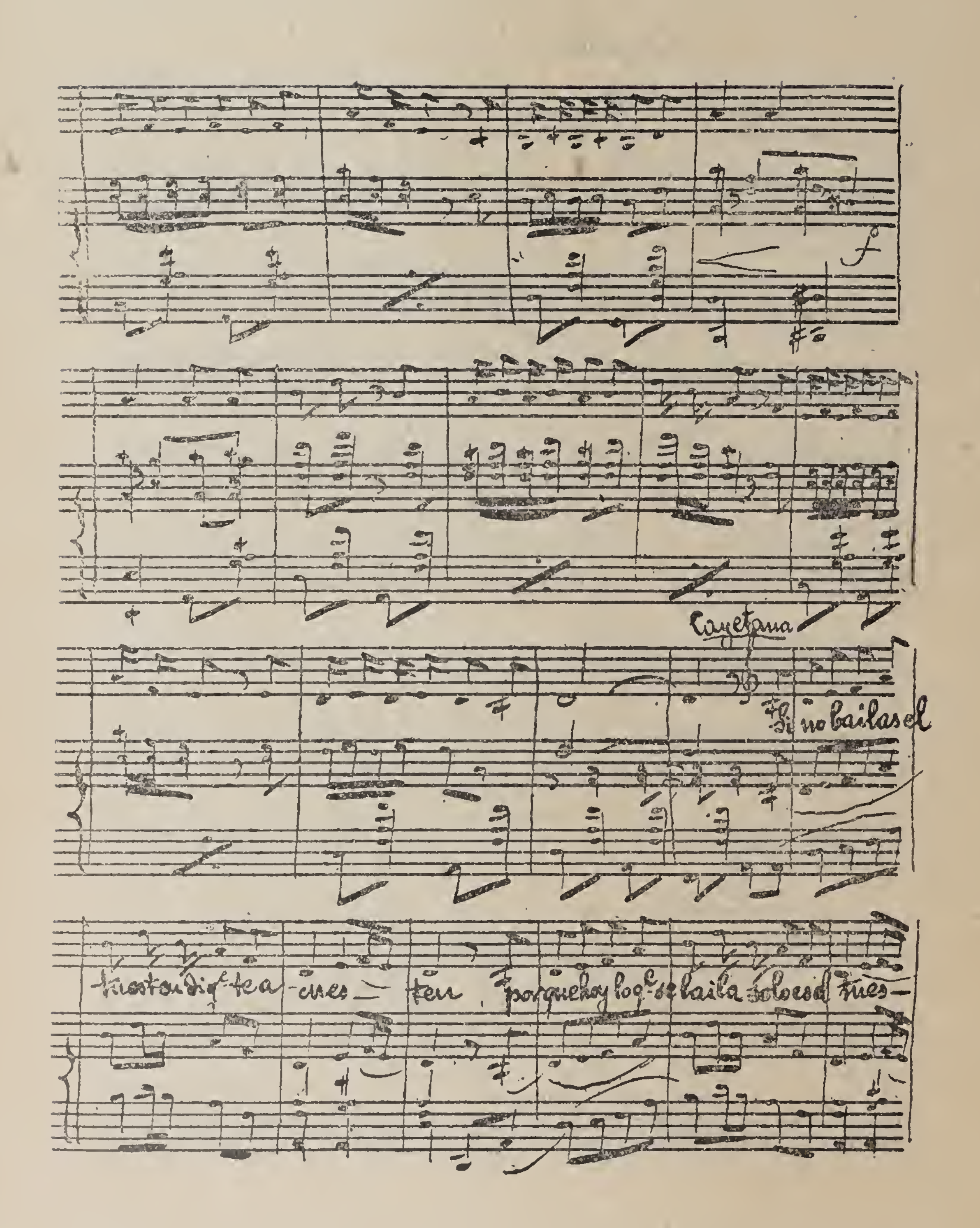
"EL TUESTEN."

Música de E. García Alvárez.

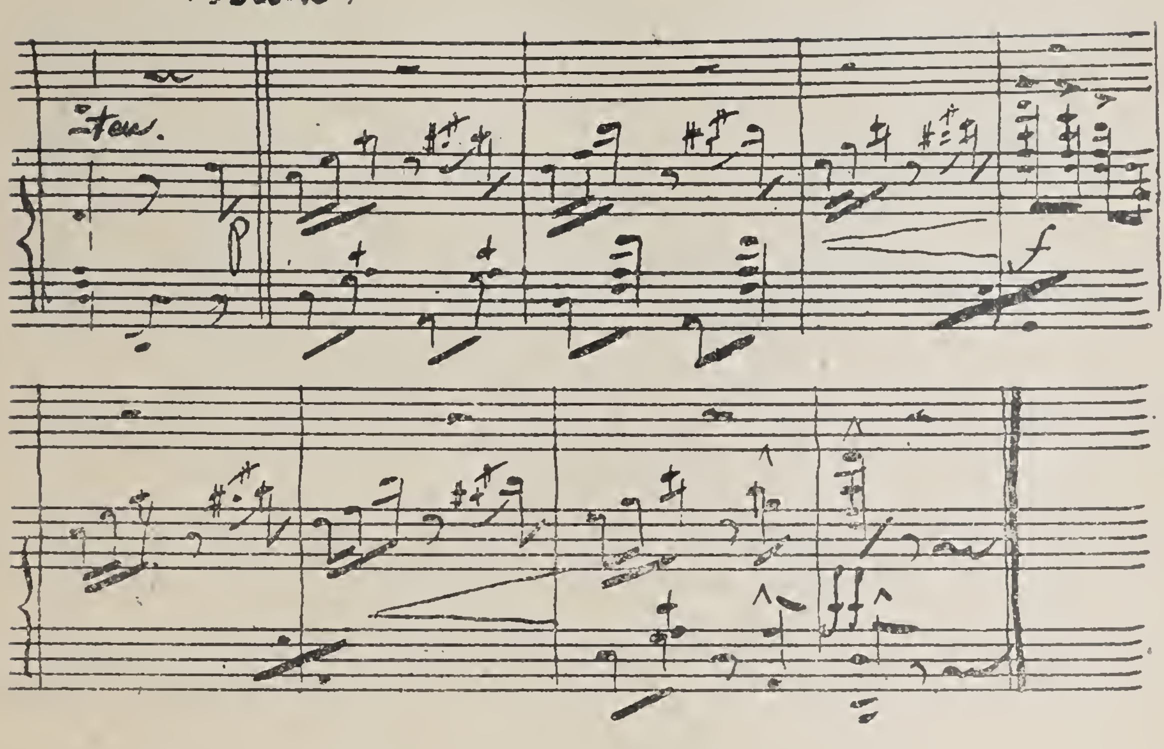


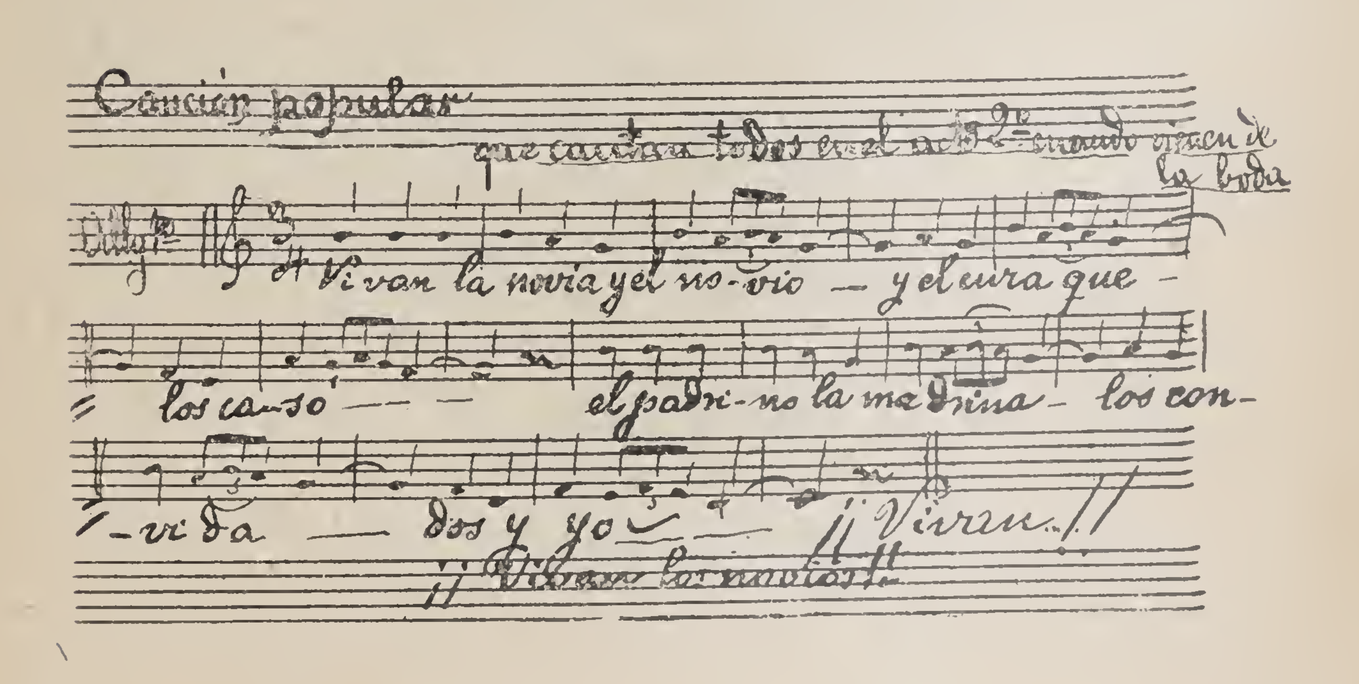

me produce fre-ne-si
anda, qe empieza ya la
banda y el
nena baila mo- rucho como Dios manda
Dale ve- rás q. bien nos sale y aprecias nene
mi-é lo q. es-te cuerpo serrano va-le


(Bailan)
Todos.
La
la la la


Cayetana
Si no bailas el
porque hoy
se baila

(Baile)




Canción popular
que cantan todos en el acto 2º cuando vienen de la boda
Vivan la novia y el novio — y el cura que — los casó — — el padrino la madrina — los convidados y yo — ¡¡ Vivan !!
¡¡ Vivan los novios !!

Letra para El tuesten

GUÍENSE POR ESTA LETRA Y NO POR LA QUE ACOMPAÑA Á LA MÚSICA, PORQUE LA ACOMPAÑA BASTANTE MAL Á DIOS GRACIAS

El tuesten,
es baile que mi gusto *llevena,*
y el alma mía se *enagevena*
si airosa yo lo marco así.
Sí, sí, sí.
El tuesten,
del corazón quita la *pevena*
y á música celeste *suevena*
y nos produce un frenesí.
Anda,
que ya toca la banda,
y *el tuesten,* con tu nena,
baila, morucho, como Dios manda.
Dale,
verás qué bien nos sale,
y apreciarás, chiquillo,
lo que este cuerpo serrano vale.
(Bailan.) La, la, la, la, etc, etc.

—

Si no bailas *el tuesten,*
di que te acuesten.
Por hoy, lo que se baila,
sólo es *el tuesten.*

OBSERVACIONES

Las compañías que no dispongan del material músico para la ejecución de *El tuesten*, pueden acompañar éste al piano, guiándose por la transcripción adjunta en el ejemplar.

OBRAS DE E. GARCÍA ALVAREZ

Apuntes al lápiz.
Al toque de ánimas.
La trompa de caza. (2.ª edic.)
Salomón.
La candelada.
El señor Pérez.
El niño de Jerez.
Figuras del natural (revista).
El gran Visir.
La casa de las comadres.
Los diablos rojos.
Todo está muy malo! (2.ª edic.)
Las escopetas.
La zíngara.
La marcha de Cádiz (11.ª edic.)
Sombras chinescas.
Los cocineros (4.ª edición.)
El arco iris. (2.ª edición.)
Los rancheros (3.ª edición.)
Historia natural.
El fin de Rocambole.
Las figuras de cera.
Churro Bragas (parodia) (3.ª ed.)
Alta mar (3.ª edición.)
Concurso universal.
Los Presupuestos de Ex-Villapierde (6.ª edición.)
La alegría de la Huerta (9.ª ed.)
El Missisipí (2.ª edición.)
La luna de miel (2.ª edición.)
Las venecianas.
Los gitanos.
La torta de Reyes.
Los niños llorones (3.ª edición.)
La boda.
La muerte de Agripina.
La cuarta del primero.
El terrible Pérez (4.ª edición.)
El famoso Colirón.
El pícaro mundo. (2.ª edición.)
La primera verbena.
¡Pobre España!
Congreso feminista.
El palco del Real.
El pobre Valbuena (6.ª edic.)
El perro chico (4.ª edición.)
La reja de la Dolores. (3.ª edic.)
El iluso Cañizares. (3.ª edición.)
El ratón. (3.ª edición.)
El pollo Tejada. (3.ª edición.)
El noble amigo. (2.ª edición.)
El distinguido Sportsman.
La edad de hierro.
La gente seria.
La suerte loca.
Alma de Dios. (4.ª edición.)
Hasta la vuelta.
El hurón.
Felipe segundo.
La comisaría. (Reformada.)
El método Górritz. (3.ª edición.)
Mi papá. (2.ª edición.)
La primera conquista.
El amo de la calle. (Música.)
Genio y figura. (2.ª edición.)
El trust de los Tenorios.
Gente menuda.
El género alegre (Música.)
El príncipe Casto.
El fresco de Goya.
El cuarteto Pons
Las cacatúas

OBRAS DE ANTONIO CASERO

Madrileñerías.
El 1900.
La lista oficial.
La gente del pueblo.
La gente alegre.
Los botijistas.
El querer de la Pepa.
El sábado de gloria.
La celosa.
El dios Éxito.
La boda.
La procesión del Corpus.
Romeo y Julieta.
La cuarta del primero.
Los charros.
Cosas de chicos.
La primera verbena.
Feúcha.
... y no es noche de dormir.
El iluso Cañizares.
La regadera.
El porvenir del niño.
El merendero de la alegría.
¡El miserable puchero!
El sueño es vida.
Los holgazanes.
Música popular.
El rey de la casa.
La familia de la Sole ó el casado casa quiere.
Las cacatúas.

La gente del bronce (poesías populares). Agotado.
Los gatos (poesías populares). Prólogo de D. Jacinto O. Picón y epílogo de S. y J. Alvarez Quintero.
Los castizos (poesías populares). Prólogo de D. Mariano de Cávia y epílogo de D. Carlos Arniches.
El pueblo de los majos (poesías madrileñas). Prólogo de D. Jacinto Benavente y epílogo de D. Alejandro Larrubiera.

Precio: DOS pesetas